REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

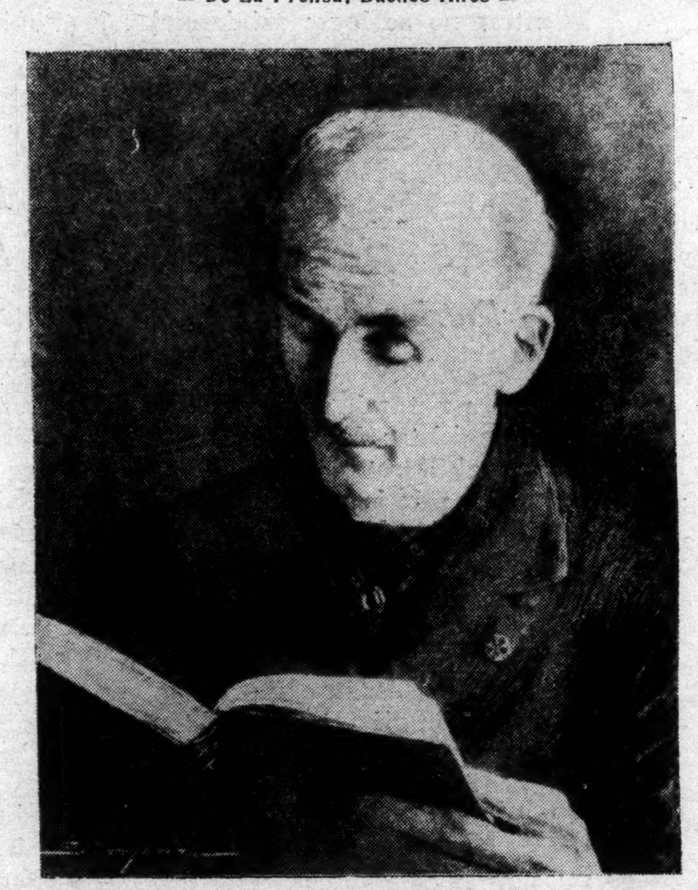
Tomo XXV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 12 Noviembre | Núm. 18

Año XIV. No. 610

SUMARIO

Bergson, místico

= De *La Prensa*, Buenos Aires =



Henri Bergson

A Bergson no le perdona todavía cierta vieja guardia positivista el hallazgo aquel del impulso, el "elan vital", que rompió el dogma del materialismo hace veinte años, cuando era todopoderoso en la ciencia. Y alarmaba tanto más Bergson, cuanto que no procedía de los campos de la tradición religiosa cristiana, sino del más puro laicismo y de la más empírica ciencia. Además, judío de raza, no se le podía acusar ni siquiera de residuos sentimentales en materia de creencia. ¿Acaso no han sido los judíos los campeones del racionalismo con Espinoza y del materialismo con Carlos Marx? Pero un judío, si es de primera, tiene siempre demasiada cabeza para conformarse con aquello que envanecía a Bacon: el testimonio de los sentidos. El judío es más profundo que sus sentidos y que nuestros sentidos, y también más penetrante que el raciocinio. Una extraña coincidencia hace decir al judío Maimónides en el siglo xii: "La verdad tan pronto parece presentársenos clara como la luz del día, tan pronto nos la ocultan las cosas materiales y nuestros propios hábitos, de modo que volvemos a caer en oscura noche", y seis siglos más tarde al judío Bergson: "El yo profundo se nos manifiesta cuando hacemos un esfuerzo para descorrer el velo que lo oculta, un velo formado por nuestros hábitos sociales y particularmente por las formas del lenguaje". La primera cita está tomada de la "Guía de Descarriados"; la segunda de "Los datos inmediatos de la conciencia".

Más allá de Maimónides encontramos también las fuentes del bergsonismo y muy particularmente en el concepto neoplatónico de una inteligencia dinámica que acomete el esfuerzo de regenerar lo caído y devolver a la existencia el impulso que la acerca a lo divino. Haber insertado el pensamiento de Plotino en la corriente de la investigación psicológica moderna es acaso el más trascendental acierto de Bergson. La razón para Bergson es estática y, por lo mismo, infecunda. Sin embargo, observa Bergson, la humanidad debe toda suerte de influencias benéficas a "la inspiración supraintelectual y soberana de hombres que afirman lo que nadie había dicho antes que ellos, y han hecho lo que no había sido hecho". El secreto de sus vocaciones lo buscaríamos en vano en la pura inteligencia. Y agrega textualmente: "Lo que es simple en relación con nuestro entendimiento, no lo es, necesariamente, para nuestra voluntad. Donde la lógica dice que cierta vía es la más corta, la experiencia encuentra que en esta dirección no hay vía. Lo cierto es que precisa pasar allí, por el heroísmo, para alcanzar el amor".

En nombre de la experiencia, autoridad suprema de la ciencia contemporánea, es preciso entonces complementar la razón con enseñanzas que ella no es capaz de descubrir. Y viene aquí otro acierto del Bergson de su último libro: "Las dos fuentes de la Moral y la Religión", el acierto de distinguir la infraexperiencia de la supraexperiencia. En teoría la distinción parece difícil, en la práctica, sin embargo, se puede determinar, por los resultados de la acción, si trata del subconsciente o de la superconciencia. Por no reconocer esta doble situación de la voluntad en nuestro destino, el psicoanálisis ha engendrado tan grande confusión. En el subconsciente se refugian, admitámoslo, todas aquellas voliciones y apetitos rechazados por el juicio sereno, reprimidos por la coacción social. El subconsciente es el cesto de desperdicios a donde se arroja todo aquello que normalmente no se atreve nadie a servir en la mesa. Y se necesita estar enfermo, poseído, maníaco, para ir a remover la inmundicia y enseguida para pretender no sólo que satisface a nuestro apetito sino que los demás quisieran comerlo, pero no se atreven a confesar su deseo. En el cesto freudiano caben, de esta suerte, toda clase de aberraciones excepcionales que, por fortuna, a nadie tientan, salvo en momentos de desarreglo que sólo padecen ciertos enfermos. Pero andaba sin contradicción, autorizada la tesis del inconsciente que nos supone a todos, empeñados en librarnos, cuando no a entregarnos, al enjambre de solicitaciones irresistibles, derivadas del hábito de la experiencia.

De allí a la explicación de todas las formas de la experiencia, no racional, según el criterio del líbido y la enfermedad no había más que un paso y el paso se dió enseguida. Toda una biblioteca se ha escrito para demostrar que son punto menos que degenerados peligrosos y enfermos y decadentes todos esos creadores de valor nuevo y de acción heroica que hoy reconquistan la atención respetuosa del sabio. La distinción que ahora reconoce Bergson de lo supraintelectual opuesto a lo subintelectual, establece una suerte de cordón sanitario alrededor de los místicos, los héroes, los grandes, para librarlos de la gentecilla mediocre—sacerdotes del inconsciente—que hace medio siglo les dedica estudios; los somete al microscopio de sus propias miradas, subconscientes; los protege con juicios que parecen dirigidos a los pacientes de una clínica que sólo exis-

te en la fantasía enfermiza de los "soidisants", médicos del alma.

En grupo rescata Bergson a todos aquellos casos que Lombroso creía disecar y con solo el marbete "supra" los libra de importunos y los coloca donde podemos no sólo examinar sus casos, sino también aprovechar sus enseñanzas y ejemplos.

Ellos son los creadores de la moral: sin ellos y por pura razón, jamás se habría formulado la norma ética, tampoco por experiencia de los sentidos, que no dan sentido. Ya otro positivista, Ribot, había observado con clarividencia que la moral es obra de grandes creadores, "tipos humanos excepcionales". Los valores morales que engendran los místicos son cosa de experiencia, son valores vivos y vívidos en la experiencia "supraintelectual". La prueba de que se trata de una actividad superior está en valor nuevo, fecundo, que el místico imprime a su creación. Se trata de una ciencia psíquica de cuyas conclusiones afirma Bergson: "Si estuviésemos seguros de sobrevivir—dice—, ya no podríamos pensar en otra cosa. Los placeres subsistirían, pero desteñidos y relajados, porque su intensidad dependía de la atención que en ellos poníamos. Palidecerían como la luz de nuestras lamparillas eléctricas cuando aparece el Sol. El placer sería eclipsado por el goce".

En este hallazgo del goce por encima del placer y no obstante el mal de la vida, podría encontrase la medida que distingue el "infra" del "supra" de la actividad espiritual. El psicoanalista, el racionalista, son tristes, aunque abran las puertas todas al placer. No conocen el goce. La suprema intensidad de un vivir dichoso se alcanza sólo a través del supraintelectualismo en que la voluntad se halla a sí misma, supera a la razón y desborda la vida.

El tipo robusto de una plena y completa actividad supraintelectual, lo encuentra Bergson en los místicos cristianos. Y en el centro Jesús, que con su sola aparición domina e ilumina el pasado y el futuro humano. Y desde su silla de paralítico, el judío revolucionario del empirismo, lanza su fallo sobre el instante que atraviesa la civilización: "La inercia natural de la humanidad sólo cede al empuje del genio". "El mal contemporáneo viene de un frenesí de la mecánica, que ha sobreexcitado el gusto del "confort" y el lujo; la necesidad de los goces sensibles y que ha roto el sentido de una humanidad abierta al porvenir". De allí proceden los desequilibrios económicos y políticos que padece nuestra edad y que amenazan la existencia del ideal mismo en materia social. Este ideal que "dieciocho siglos después de Jesús encarna en los puritanos que fundaron la América"; después en "los republicanos de Francia". Este mismo ideal quisiera verlo hoy apoyado por la Sociedad de las Naciones, el ideal igualitario, liberal democrático. Desde su retiro, Bergson tal vez no sabe la composición espuria de esa Sociedad, que no es de naciones sino de gobiernos, cosa muy distinta. De todas maneras, el filósofo clama por un porvenir en que la humanidad procure simplificar su existencia con tanto frenesí como hoy emplea para complicarla. No se trata de volver al método antiguo, que unos tengan hasta lo supérfluo mientras otros carecen de lo necesario, sino de que el alma recobre su sitio en medio de las obras monstruosas de la materia que amenaza aplastarnos.

El filósofo del "elan vital" ha podido coronar su obra a pesar de la enfermedad y demostrando con su vida la posibilidad de dominar el cuerpo con el espíritu. Probablemente, lo más importante del último libro del pensador es su esfuerzo para ligar la experiencia de abajo, la experiencia de los sentidos, con la experiencia de arriba, la experiencia de la vida psíquica. La intuición sensual y la intuición mística.

Mientras no se logre así formular la verdad de una experiencia humana, tomando razón de todas sus facultades, sin exclusiones partidaristas, no será posible que logremos un concepto cabal, según las facultades combinadas de nuestra naturaleza. Hizo mal la escolástica cuando prescindía de la experiencia de los sentidos. Pero ha sido peor la vanidad pequeña de estos años recientes en que se prescindía de la experiencia obtenida ejercitando la parte superior de nuestra naturaleza. O peor aun si no se prescindía de lo místico, pero se tenía la presunción de juzgarlo con las reglas de lo torcido y enfermo que se refugia en la subconsciencia. Bergson, pensador original y consecuente consigo mismo a través de su obra, cumple, antes de morir, la misión de guía que está encomendada a los grandes. Y bien podemos decir que es él mismo uno de sus héroes. Uno que por la vía del amor divino conquista el amor de la humanidad.

José Vasconcelos

Estampas

Las palabras del señor Stimson

Patrias queremos, señor, que no factorías yanquis

= Colaboración directa =

Como era natural, en la distribución de los panegiristas de alta jerarquía, correspondió al Secretario de Estado Stimson el balance de la política exterior de la Administración Hoover. Habló el funcionario para la masa sufragante de su nación y usó el énfasis propio de todo orador de campaña eleccionaria. Su balance lo hizo considerando esa política exclusivamente "desde el punto de vista de su relación directa con los intereses prácticos y materiales de los Estados Unidos". Hizo a un lado los "aspectos ético y filantrópico". Al votante no le interesan aspectos de orden que tiene su relación en el plano del espíritu. Para el votante lo que ha dado pujanza a la nación, lo que la ha hecho crecer y convertirse en poder de expansión. El Secretario de Estado fué por eso a lo práctico y material.

¿Interesa a estos pueblos lo que contiene el balance del político relacionado con ellos? Debe interesarles, porque les revela el sentido de las relaciones prácticas y materiales que con ellos mantiene el Departamento de Estado. Stimson dice: "Hablemos de nuestro propio hemisferio. Al Sur están las veinte repúblicas de la América Central y del Sur. Las condiciones que imponen relaciones comerciales estrechas entre ellas y nosotros son claras. Estas naciones son productoras de materia prima apropiada a nuestro consumo, y ofrecen mercados potenciales para variedades grandes de nuestras manufacturas".

El votante norteamericano necesita saber que al Sur tiene vastas extensiones de territorio sobre las cuales puede irrumpir su industria con éxito formidable, Mercados y sólo mercados es el panorama dado a la nación que sufraga. Mientras sea esto lo que vean dominado por la política exterior de su Gobierno tendrán confianza en él y seguirán impulsándolo. El político sabe que es profundo el efecto de la presentación de una conquista que asegura la exclusión de toda competencia y la rivalidad comercial. Ha estudiado las posibilidades de cada pueblo. El mapa es completo. Nada que sea recurso de dominio tiene en él significación mínima. Un mercado en potencia se perfila siempre que nace una industria. Estos pueblos deben volverse tributarios de los Estados Unidos. Nación fuerte para dominarlos y cercarlos creándoles así el aislamiento del mundo que no sea mundo norteamericano, tiene derecho para imponerse. En una campaña eleccionaria hay que enseñar al votante a reflexionar en el poder que los hombres de gobierno de su patria han desarrollado. Ese votante será entonces fiel a una tradición nacional de expansión. El político toca esta vanidad y lo hace sin sutilizar. Cosas prácticas y materiales, dice él, que es decir, cosas al alcance inmediato del instinto popular.

El sentido de mercados que le dan los hombres del Departamento de Estado a la vida de estos pueblos ante la comprensión de la masa electoral, es expresión de la realidad. No mintió el político para halagar la imbecilidad que sufraga. Desde su organización ha movido el aparato de conquista. Es aparato imperialista y por lo mismo hecho sólo para el dominio. Los pueblos que el Departamento de Estado ve al Sur no tienen significación grande. Valen como pueblos en cuanto ofrezcan mercados para la industria y el comercio norteame-

ricanos. Se mantienen relaciones con ellos nada más que por los mercados. Es la concepción imperialista de todos los tiempos. La vemos nacer en esta era de invencible penetración. Por los mercados se tiende la red de la aviación y cada pueblo da sus rutas aéreas sin pensar que cierra el espacio para que el cautiverio aflija. Por los mercados se arrancan concesiones de tierras y de aguas y se monopoliza la electricidad. Por los mercados se pelea por el subsuelo que da petróleo y variedad de metales. No puede haber rivales en la lucha por los mercados. El Departamento de Estado lo comprende así y ha organizado su mapa en tal forma que cuando una compañía aparece en alguno de nuestros pueblos proponiendo el contrato o la concesión, los agentes diplomáticos del Departamento mueven sus hilos en la penumbra. Por los mercados salió en viaje de buena voluntad este Presidente Hoover que ya finaliza su administración. Lo dice el Secretario de Estado Stimson a la masa sufragante que quiere someter. De modo que la batalla por conquistar los mercados de esta América es batalla en forma. No quieren los pueblos darse cuenta. Tal vez sería mejor decir, no tienen los pueblos percepción para una obra tan bien aunada y distribuída.

¿Y será sólo del partido de Hoover el sentido mercader? Los que quieren ver la política del Departamento de Estado externamente dirán que sí. Aguardarán un cambio si el favor de la elección pasa al otro bando. Pero si se ahonda en esa política y no se olvida que las mayores fuerzas de aquella nación han convergido hacia, al imperio, la política tiene que ser siempre la misma. Hablamos de la política exterior que es la que viven estos pueblos tratados como mercados de la industria y de la banca norteamericana. Hoover o Roosevelt en el poder dan el mismo trato a la América. Lo que cada uno de ellas promete en la arenga pública difiere nada más que en aquello que tiene aplicación interna. En lo que ha de aplicarse a los otros pueblos, y en especial a los nuestros, hay uniformidad de parecer. No puede ninguno de los dos partidos históricos empeñarse por una lucha noble con estos países. Ambos trabajan para dar grandeza material a su nación. De modo que no es posible crear el dominio que ellos sueñan sacrificando el trato duro. Somos para unos y otros mercados accesibles al tráfico. Porque somos mercados se nos imponen protectorados, se nos arrancan territorios.

El Departamento de Estado no varía la organización que proyecta la conquista exterior por la llegada de un nuevo Secretario. Para afuera no hay sino un patrón que debe aplicarse sin desnaturalizarlo. Esperar que el demócrata contradiga lo que acaba de hacer el republicano, es hacerse ilusiones. Porque el imperio se forma y son los mismos hombres los que tienen en sus manos la tarea. Ninguno podrá detener la conquista exterior. Si asoma esa esperanza oyéndolos proclamarse azotes de las compañías que monopolizan este o aquel servicio de utilidad pública, hay que tomarla como espejismo para no engañarse. En lo puramente interno pueden los hombres de gobierno ceñir a principios de justicia a ciertas organizaciones rapaces. Pero en saliendo del territorio norteamericano y prolongándose sobre territorios de la América nuestra, ya pierden jurisdicción los gobernantes sobre esas organizaciones. Porque aparece entonces para el gobernante el concepto de mercado en que tiene a nuestros pueblos. El mercado está sujeto a la conquista fuerte. Y es mercado exterior lo que la industria y la banca norteamericanas necesitan. Esa industria y esa banca son las que dan estructura material a la nación y no puede ningún gobierno limitarlas en su expansión exterior. Y de seguro ni en la expansión interior. Son fuerzas más grandes que las del Estado y éste carece de poder para dominarlas. De ellas ha nacido el Estado y ostenta mucho de su fiereza. Para el exterior absoluta franqueza en la conquista y ayuda además del Departamento de Estado.

Desconocer esa realidad es contentarse con lo externo de la política imperialista. Y no caben diferencias en ninguna organización nacida para subordinar pueblos. Caen unos funcionarios y toman el puesto otros de diferente filiación política, pero en todos aparece con funciones directivas la idea de la superioridad total de su nación. Por esa superioridad trabajan con igual vehemencia los de un partido y los de otro. No la sacrifican nunca. Porque sería abandonar una tradición que los alienta tenazmente. Sería declarar que no quieren la cúspide para el pueblo nacido con imposiciones de amo. Los Estados Unidos siguen su órbita inmensa de crecimiento imperialista. En ella han sido puestos por la ambición infinita de hombres que padecen taras fatales. En esa órbita vemos moverse la nación por quien habla uno de esos hombres para decir que nuestros pueblos son mercados excelentes reservados al comercio y a la industria de esa nación. Y como nos damos cuenta de la estructura no nos hacemos ilusiones con que caiga un partido y suba el otro. No variará el concepto de mercados en que se nos tiene. Podrá tal vez suavizarse el término, pero nunca será exterminado del léxico imperialista. Mercados somos y así nos encuentran los hombres que asuman en todo tiempo el gobierno de los Estados Unidos. El empeño grande tiene que consistir para estos pueblos en trabajar para libertarse del garfio imperialista. Vigilar, no entregarse a las fuerzas de conquista. Exigir a sus gobernantes visión. Imponer respeto por el suelo y las aguas y el aire. Organizar la defensa sin aspavientos. No confiar esa defensa a los hombres que lleguen al gobierno del Departamento de Estado, porque en todos impera una fuerza de dominio idéntica.

Juan del Camino

Costa Rica y noviembre de 1932.

Estaño y sangre en Bolivia

El papel de la finanza en el conflicto boliviano-paraguayo

= De *Bohemia*. La Habana =

No pretendo saber gran cosa acerca de los señores que han empujado al borde del abismo de la guerra a las masas campesinas del Paraguay y de Bolivia. Pero sí sé algo sobre las operaciones financieras de Bolivia, y ese algo es, precisamente, lo que ustedes no encuentran, ni siquiera mencionado, en nuestra discreta prensa, controlada toda ella por los bancos de descuento.

El Paraguay es una República con una población dispersa de 750,000 habitantes, cuyo Gobierno hizo un empréstito de 800,000 libras esterlinas en Londres, en 1870; pero aunque el Paraguay se constituyó responsable de esta deuda, no recibió sino 640,000 libras, pues los financistas y corredores de Londres se guardaron, a título de comisión, la suma de 160,000 libras. Otras combinaciones análogas tuvieron lugar con los empréstitos y deudas del Paraguay en Londres, que ascienden a tres millones de libras. El Paraguay, naturalmente, se vió obligado a faltar a sus compromisos, porque la carga de ese pillaje financiero era demasiado pesada.

El único financista que escribe en la prensa inglesa sobre el conflicto de Bolivia y el Paraguay, presentando abiertamente la cara, es decir, firmando sus escritos, parece ser Lord Luke, de Pavenham.

Lord Luke, que era simplemente J. L. Johnston antes de que se le diera el título de Lord. es el Presidente de "Bovril Limited". Tiene intereses en la América del Sur y escribe en el "Times" con demasiada complacencia acerca de "una de nuestras compañías" que posee una flota de vapores en el río Paraguay.

Lo que Su Señoría Lord del Bovril dice, y con razón, es que " los capitales no deben ser puestos a su disposición sino para fines útiles". Y él no encuentra que un nuevo ferrocarril de Bolivia a un puerto del Paraguay sea cosa útil.

De todo esto podemos fácilmente deducir que el dinero de Londres está más interesado en los ganados del Paraguay que en el estaño de Bolivia.

Pero vamos por partes.

Bolivia tiene una población de 3.000,000 de habitantes. En 1928 recibió de manos de los financistas americanos, para comprar armamentos, un empréstito de consideración. En los Estados Unidos de América se le hizo una oposición considerable a esa operación, pero el Departamento de Hacienda del Estado la aprobó. Este empréstito se halla "helado", naturalmente, porque el tesoro del Estado boliviano es insolvente, y no hay esperanzas de que deje de serlo. Pero las municiones se hallan en Bolivia, y este país tiene hoy cuanto hay de más moderno en maquinaria guerrera.

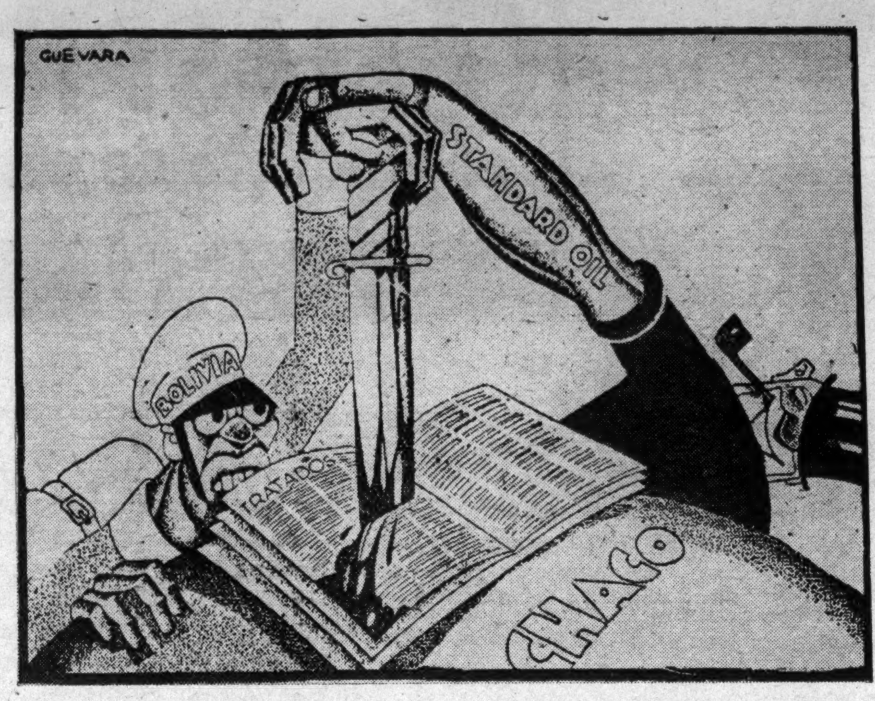
Hasta el año 1908 no había aún en Bolivia botín suficiente para los bandidos del exterior. El país estaba aislado, era casi inaccesible y su población agrícola toda ella, tenía un 85% de analfabetos.

Pero un día se descubrió estaño en Bolivia, y la finanza americana se trasladó en el acto allá para asegurarse el monopolio de ese metal. Se dice que los Estados Unidos de América emplean la tercera parte de toda la producción de estaño del mundo, y todo ese estaño lo extrae de Bolivia, es decir, de las minas pertenecientes a los norteamericanos, de las que los indígenas bolivianos sólo sacan penosamente una miserable pitanza.

Durante los últimos 20 años, Bolivia se ha endeudado por 50 millones de libras esterlinas. Ella está obligada a reembolsar esa suma a los financistas de Wall Street, y como garantía, los sindicatos americanos se han apoderado de las minas de estaño y de los ferrocarriles destinados a transportar ese estaño a la costa. La finanza americana posee todas las vías férreas y Bolivia posee las deudas.

En 1921 Bolivia tomó en préstamo siete millones de dólares, al 8 por ciento, para ferrocarriles; empréstito que debía ser reembolsado en veinte años. Pero los financistas americanos estaban autorizados a comprar esas obligaciones al 87 y medio por ciento, y así lo hicieron, vendiéndolas luego en Wall Street a 101.

La farsa boliviana no termina ahí. Los constructores americanos de los ferrocarri-



Los pacifistas argentinos están haciendo circular grandes carteles que atacan el espíritu bélico de Bolivia, que se atribuye, y en eso están de acuerdo con los diplomáticos que conocen a fondo el problema, a influencias de la «Standard Oil», interesada en la captación de los pozos petroleros que se supone hay en el Chaco y que serían de fácil absorción para ella en el caso de que Bolivia conquistara esa región. Es la mano fuerte de la «Standard Oil» la que empuja el brazo de Bolivia, que con la espada desgarra los tratados, mientras el yanqui sonríe y masca tabaco.

La guerra absurda del Chaco

= De *La Voz*. Madrid =

Dijo Reclus: "El Paraguay no es sino la prolongación meridional del Estado brasileño de Matto Grosso". La influencia de la Geografía en la historia, que muchos historiadores no ven, que no pocos estadistas o tenidos por tales no admitieron jamás, se ha acusado fuertemente en la vida del pueblo paraguayo. El Brasil lo destrozó en tiempos de Solano López, ayudado del Uruguay y la Argentina, por miedo a que el núcleo obediente y militarizado de Asunción llegara a ser una amenaza para sus tierras del Suroeste. Hoy el Paraguay lucha con Bolivia por la posesión del Chaco. ¿Quién tiene razón en la querella? Veamos.

El Paraguay propiamente dicho, o sea desde el río que le da nombre a la frontera brasileña, sólo tiene 160.000 kilómetros cuadrados. Es la nación más pequeña de América. El Chaco boreal, en la zona que le concedía el Tratado Ichazo-Benítez de 1894, le agrega 93.000 kilómetros más. En el Paraguay originario viven 852.000 habitantes, según los datos del censo de 1925, guaraníes o mestizos en su mayoría. En el Chaco paraguayo, 50.000 indios. Bolivia, por su parte, es el cuarto Estado por su extensión territorial de toda la América del Sur. Posee 1.332.091 kilómetros cuadrados, comprendidos los 119.000 del Chaco boliviano, después de la partición de 1894. De creer al censo de 1926, Bolivia tiene una población de 3.464.945 habitantes, contando los 13.085 indios del Chaco que le pertenece.

¿Para qué quiere Bolivia el Chaco boreal? Dice que como sus límites naturales son los mismos de la Audiencia española de Charcas, el Chaco, todo el Chaco, es históricamente suyo. En efecto, el Chaco boreal, es decir la región comprendida entre el Paraguay y el Pilcomayo, dependía—¡oh, muy vagamente!—de la citada Audiencia. Pero en realidad, el hecho es que los bolivianos se ocuparon siempre poquísimo de esos desiertos. Desde que nacieron a la vida internacional como pueblo libre no tuvieron tiempo, oro y hombres más que para dedicarse al sangriento juego de las guerras civiles y de los pronunciamientos militares. De Santa Cruz a Belzú, de Belzú a Linares, de Linares a Melgarejo, de Melgarejo a Morales, Bolivia sólo conoció el desorden. "En lugar de escuelas, son los cuarteles los que progresan", dice Alcides Arguedas, el gran escritor y patriota. "En realidad—añade—, el Ejército no hace otra cosa que devorar las entrañas de la patria. De Ejército no tiene sino el nombre. En el fondo no es sino un conjunto de tropas pretorianas levantadas para defender hoy a un caudillo y mañana a otro", y sigue: "El país es vasto, rico, pero sin población",

(*Pasa a la página siguiente*)

les debían recibir, como honorarios, un millón de dólares, cuando el trabajo estuviera terminado; pero cuando el último riel fué puesto, aconteció que la obra estaba tan mal hecha, que la pobre Bolivia tuvo que pedir prestado un millón de dólares más para ponerla en estado de prestar servicios.

Entonces el Estado boliviano hizo quiebra, y el tesoro del país fué colocado, por los acreedores, bajo la vigilancia de inspectores norteamericanos. Y como si esto no fuera suficiente, se ordenó a los bolivianos que se armaran, y que pidieran prestado en Wall Street el dinero necesario para las municiones.

Ahora, he ahí la guerra sangrienta, las fincas de los campesinos incendiadas, y a los campesinos asesinándolos en el gran Chaco, para que las compañías del estaño puedan llevar sus productos hasta la costa con mayor rapidez y menor costo.

Thomas Johnston
(Miembro del último Gobierno Laborista Británico).

La guerra absurda del Chaco...

(*Viene de la página anterior*)

¡Pero sin población!... Hay en Bolivia menos de tres habitantes por kilómetro cuadrado... ¿Para qué quiere el Chaco? El Chaco—dicen sus gobernantes—es nuestra salida natural al Atlántico. Y aquí se plantea el problema de la angustiosa mediterraneidad boliviana. Chile, en la guerra del Pacífico, le arrebató sus provincias litorales. Quedóse sola y triste, en sus altísimas y frías mesetas, contemplándose en su soberbio lago, muriéndose de hambre sobre un suelo que encierra oro, plata y estaño, en cantidades fabulosas.

El melancólico aimará, que continúa siendo el elemento étnico más numeroso, ve pasar indiferente los años, sin esperar nada, sometido al yugo del blanco y del mestizo. Los tiranos de La Paz le quitaron sus tierras. La "coca" le envenena. La deficiente alimentación le anemia. ¿Alzará algún día la cabeza? ¿Mirará, a lo lejos? Frente a Quesada, que cree, en su optimismo, que un nuevo ciclo de civilización surgirá entre las razas autóctonas de América y empezará por los indios de Bolivia, un ilustre boliviano, Ballivián, escribe: "Una raza que es víctima de un envenenamiento fisiológico, oprimida por la explotación y con una absoluta carencia de ideales, no se levantará nunca".

Dejóse arrebatar Bolivia su salida al Pacífico. Quedóse sin pulmones marítimos, y hoy mira al Chaco. Por el Chaco se va al Paraguay, río navegable. Por el Paraguay, al Paraná. Por el Paraná, al Plata. Por el Plata al Atlántico; es decir, a los caminos universales de la civilización.

Y en el Chaco tropieza con los paraguayos.

El Paraguay es un estero. Selvas sobre bañados. Maleza, troncos, agua y barro. Poco ganado. Allí donde los árboles desaparecen, donde no hay que abrir picadas a filo de machete, donde las gramíneas tapizan el suelo, los arroyos y lagunas, en cuyos bordes crecen las tacuaras, impiden las grandes cabalgadas a pleno galope. Hay que vadear siempre... De ahí que el gaucho sea casi desconocido en el Paraguay. De ahí que las guerras paraguayas hayan sido luchas de posiciones...

El Paraguay, al otro lado de su río nacional, veía abrirse una llanura inmensa, por donde vagaban algunas tribus de indios salvajes. En esa llanura había pastos, es decir, carne. En esa llanura había palo de quebracho; es decir, la base de una rica y fructuosa exportación. Y cruzó el río y se aventuró por el Chaco boreal, levantó fortines e inició exploraciones. Ya en tiempos del sombrío Gaspar Francia, los paraguayos se adentraban en las planicies chaqueñas y luchaban y comerciaban con las indiadas. Y después de la guerra de la Triple Alianza, cuando la nación estaba en ruinas, los supervivientes de la catástrofe fijaron también en el Chaco, tierra de promisión, sus miradas ansiosas.

El Chaco era un "no man's land" brindado al más intrépido...

¿Es Bolivia independiente? Por desgracia no. Leamos el libro de una yanqui, miss Margaret A. Marsh, "Nuestros banqueros en Bolivia". Leámoslo con rubor y pena, porque la Hispania de allá sigue siendo, como antes, nuestro dolor y nuestra alegría... Bolivia, económicamente, depende del Wall Street. El Wall Street la interviene y administra su Hacienda...

¿Están detrás de los gobernantes de Bolivia, empujándolos, los voraces tiburones de la gran industria estadounidense?

Una guerra boliviano-paraguaya es geográficamente absurda. Ni Bolivia ni Paraguay pueden atacarse a fondo. Separa sus centros vitales una distancia fantástica y carecen de soldados, armas y dinero.

Lo más que podrían hacer es lo que ahora están haciendo: enviar destacamentos a la línea de fortines fronterizos para que se tiroteen, entre la estupefacción de los indios salvajes.

¿Pero consentirán los pueblos suramericanos que prosiga por mucho tiempo ese escándalo bochornoso?

Fabián Vidal



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

¿Malgastamos la niñez de nuestros hijos?

= De *El Sol*, Madrid =

Comienza el curso en las escuelas. Es el momento de preguntarnos si vamos a repetir el anterior o hay que pensar también aquí en revolución, que, para ser verdadera, y no sobre el papel, no deberá aflorar sino después de estar hecha.

El ensayo iniciado hace cuatro años en la Escuela Internacional Española de Madrid era cosa enteramente nueva; pero estaba en sazón y no envolvía riesgo. Se trataba, sencillamente, de poner al lado de las enseñanzas ordinarias en castellano una serie de enseñanzas dadas por profesorado extranjero en francés, inglés y alemán, o sea la alianza de cuatro escuelas, representando cuatro grandes civilizaciones, para dar al niño des-



de su infancia hábitos y conocimientos que van a serle indispensables en la moderna vida cosmopolita.

Podía preverse el éxito. Los niños, al llegar a los doce años, manejan ya tres lenguas, que continuarán usando a diario hasta la Universidad. Una adaptación del plan Gari permite graduación diferente para cada una, conservando la materna como instrumento de formación, a fin de evitar el bilingüismo.

Pero la fecundidad de los experimentos suele venir de hallazgos imprevistos. Y aquí lo imprevisto ha sido que no se aprecia retraso alguno en niños a quienes, desde los cuatro a los doce años, se tiene a media ración de escuela española. Hemos hallado, pues, dos tesoros: unos años de niñez disponibles y una mentalidad infantil más rica y flexible de lo que sospechábamos.

Esto nos lleva a una revisión completa de los planes de enseñanza, para averiguar si buena parte de lo que suelen estudiar los niños no tiende sino a obtener frutos prematuros; porque los **primeurs** pedagógicos serán algún día penados en los Códigos.

Que el niño debe vivir y ser educado como niño, lo habían entrevisto los estoicos, lo descubre de nuevo Montaigne, lo proclaman Locke y Rousseau, lo articula Pestalozzi y lo repiten los múltiples tratados de psicología infantil.

Y, sin embargo, nuestras escuelas están todavía bajo la obsesión racionalista y absoluta de la **Aufklarung.** Los planes de enseñanza se han hecho partiendo de un cierto promedio de conocimientos y aptitudes que nos parecen deseables para la edad adulta, y estirándolos a lo largo de toda la etapa escolar, de donde resulta que es casi lo mismo estudiar dos años más o dos menos, porque la meta es una y todos llegan a un tiempo con un bagaje análogo.

Los que mejor han escapado son los párvulos y los primeros años de la escuela primaria, porque los sistemas modernos han tendido a liberarlos del cultivo forzado. En el fondo ha sido acaso por un sincero reconocimiento de que, habiendo perdido la conciencia de nuestra propia infancia, estamos incomunicados con los niños, y no sabemos lo que hacer con ellos. Sólo nos relacionamos con el tenue germen de hombre que en cada uno apunta.

Pero detrás de esta libertad que aspiran a otorgar al niño las mejores escuelas se percibe la concepción de un niño abstracto, de un Emilio, para el cual el mismo Rousseau (el gran enemigo de la **Aufklarung)** prepara una religión natural, y algunos modernos pedagogos, más prácticos, lotes de material de enseñanza patentados.

La distribución de materias se hace en las escuelas según el grado de su dificultad. Es otra vez el siglo XVII; estamos en Comenio. Aceptamos como dogmas que es natural proceder de lo simple a lo complejo, y que el niño ha de imitar la Naturaleza. Llamamos fácil aquello que a nosotros, adultos, nos cuesta mínimo esfuerzo de razón y como vemos en el niño un hombre pequeño, reducimos los conocimientos a su medida, como los zapatos.

Y sin embargo, todo el que eduque se apercibirá de que la peregrinación de lo fácil a lo difícil es a veces camino de aburrimiento y desesperación. El niño goza asaltando alturas, como busca en las novelas el desenlace.

Tampoco nuestra apreciación de las dificultades es siempre aplicable a la infancia. Aprender alemán o ruso, empresa de un par de años para un hombre maduro, es juego de unos meses para un niño. En la música, coge éste en unos días lo que de adulto será ya incapaz de apreciar.

El ensayo de la Escuela Internacional Española ha sugerido que es necesario salvar la infancia y la niñez para aquellos conocimientos y ejercicios que, por basarse en el instinto, son más difíciles a medida que el ángulo de la animalidad se cierra y el de la racionalidad se abre. Recuérdese cómo Rudolf Steiner se acoge a la explicación, ingenua y apostólica, de la pluralidad de almas.

Otro gran absurdo es el principio de no enseñar al niño sino aquello que pueda entender. Esto está bien cuando se dirige uno a su razón; pero el niño se deleita repitiendo palabras lo mismo que manoseando objetos desconocidos. Sus tendencias centrales no son comprender y sistematizar, sino explorar y expresarse. Sus métodos son imitación y repetición.

Por eso las lenguas han podido ser el campo experimental más asequible. Para el adulto son un conjunto de palabras y oraciones sujeto a normas morfológicas y sintáxicas; pero para el niño son unidades vivientes, de gesto, ritmo y sonidos, encarnadas en las personas que las hablan. Las aprenden antes de entenderlas, de modo que normalmente no pasan del conocimiento de las cosas al hallazgo de las palabras, sino que (como ya percibió Comenio) son éstas las que les hacen descubrir aquéllas.

Esa doble naturaleza, racional e instintiva, de las lenguas explica que algunas escuelas alemanas releguen el estudio del latín a los últimos años de bachillerato, mientras que la **Perse School** de Cambridge lo inicia en la niñez y casi por el método Berlitz.

Pero el problema es mucho más general, porque hay para el niño otros lenguajes que no se componen de palabras, sino de gestos y ritmo, de música, de líneas y colores, y porque, en el fondo, la Geografía, la Historia, las Ciencias Naturales, las Matemáticas, la Filosofía, tienen cada una para los niños, además de una realidad peculiar, un idioma propio. Por eso encontró favor el llamado sistema cíclico, aunque ha caído con frecuencia en los resabios del "siglo de las luces", trazando círculos, como con un compás, sobre una sistematización racional de cada materia.

El niño avanza por otro camino. Percibe de la realidad total ciertos aspectos y adivina instintivamente ciertas relaciones para las cuales el adulto es ya ciego.

Importa aprovechar esa edad fugaz, con sus maravillosas aptitudes para lenguas, música, modelado y dibujo; concentrar en ella la educación sensorial y permitir al niño que recoja de Naturaleza y Humanidad su peculiar cosecha de observaciones. La sistematización matemática, gramatical, histórica o de Ciencias Naturales no debe abordarse sino en la medida en que la razón reclame sus fueros.

Esto supone renunciar a toda uniformidad, porque la edad instintiva y artística del niño es más rica en variedades que su etapa racional. Si hacemos en aquélla una primera selección, disminuiremos el contingente de hombres preparados e incapaces, que son la plaga de las sociedades modernas. Habrá menos médicos, menos ingenieros, menos abogados y menos políticos con ciencia y sin genio.

No hay que temer retrasos ni lagunas, porque ante el crecimiento fabuloso de los conocimientos humanos las escuelas tienen que renunciar en todo caso a sus tradiciones enciclopédicas. Una porción de su programa corre ya a cargo del "cine", la "radio", el teatro, la prensa y la vida social. Las escuelas deben replegarse a aquellas disciplinas que no puedan cultivarse con ventaja, ni en otro lugar ni en otro tiempo.

No estamos, por tanto, en momentos de reglamentarlas ni unificarlas, sino de dejar el mayor margen posible a cada una. Las que alcancen esta libertad y sientan inquietud renovadora, deberían ponerse al habla, sean públicas o privadas, para colaborar en experimentos. ¿Cuántas escuelas españolas los tienen planteados para esta revisión que se nos impone? La cuestión es vital, porque una escuela sin ensayos, como un jardín sin semillero, sólo puede esperar vejez y caducidad.

José Castillejo

REPASO

Dos libros nuevos

= Envío del autor =

GENIO DE ESPAÑA, por Ernesto Giménez Caballero (1).

Nos encontramos, ante uno de los libros, que más comentarios, y comentarios apasionados, obcecados mejor, ha despertado en España. **Genio de España**, de Ernesto Giménez Caballero, ha venido a evidenciar, la falta absoluta de libros verdaderos, es decir, la deplorable ausencia, de volúmenes cuajados de sinceridad.

Porque antes que nada, ni de ningún comentario, lo que hay que afirmar ante este curioso volumen, es su calidad esencialmente sincera. En el libro, sin duda alguna, existen grandes errores. Tienen que existir grandes errores, mejor. Porque Giménez Caballero, no concibe un libro sin errores. Ningún creador, debe concebir un libro sin error, puesto que el error es siempre consecuencia del apasionamiento, y un libro sin pasión es un libro castrado. Todo esto, no le ocurre al nuevo trabajo del fundador de **La Gaceta Literaria.**

Su **Genio de España**, aparte de ser el libro de un español perdido en sus propias, sagradas dudas, es un libro joven, irrecusablemente joven, excesivamente joven, quizás, por demasiado impetuoso. Mas, juzgue el sesudo lector, el ímpetu, como una cualidad negativa. Que nosotros no cometeremos semejante sacrilegio.

En **Genio de España**, sobresale, más que sus conclusiones, el afán evidente por desentrañar el problema español. Giménez Caballero, animado por su propio deseo, no sólo se ha conformado con plantear este problema angustioso que nos envuelve, sino que pasionalmente se ha decidido a resolverlo, y aquí encontramos su error, su fundamental equivocación.

La solución, cualquier solución no nos hubiera parecido equivocada, si un apasionamiento partidista, fuera estable en Giménez Caballero. Y nosotros, por ejemplo, no hemos podido ver nunca a Giménez Caballero, como un fascista anacrónico. No sabemos si es él, con sus escritos, o nosotros, también obsesionados, quienes no queremos verlo. Mas es cierto, que en su propio libro, Giménez Caballero no concreta, no se **define** —y usemos la absurda frase—como un nacionalista reaccionario. Y así no se dibuja, porque propugnando soluciones imperiales para el problema de España, sin quererlo, su mejor trozo, es el que dedica a Lenin. Intentando convencer de una cosa, en alas de su pasión, pasa a convencernos de todo lo contrario. Queriendo ser, deja de ser, lo que ser quiere, para ser lo que no quería.

Por otro lado, cuando se decide Giménez a defender su emocionada teoría de que las naciones, se salvan, cuando alguien, cualquiera, logra adivinar dentro de ellas, la savia que las hace ser, "su genialidad" distintiva, opina con evidente ligereza a nuestro parecer.

Dentro de un ortodoxo nacionalismo, Giménez Caballero asegura, que lo interesante, es que la nación, encarne, hable por boca de alguien. No importando las cualidades de ese alguien. Y fijándose en Alemania, apunta: "Si leéis el programa de Hitler, veis que casi no es programa. Que son dos o tres alaridos que le suben de su más honda raiz. Vamos a suponer incluso—si ello fuera posible—que Hitler fuera insincero, que fuese un aventurero que camuflase esos gritos o querencias. Daría lo mismo, con tal que los camuflase a la perfección, como si los sintiese de veras".

Es en esto en lo que no podemos estar conformes, admitiendo como admitimos un beneficioso aliento nacional —no nacionalero—en las individualidades que componen una nación. Hablamos de genialidad. Manejamos la genialidad, lo distintivo de un pueblo, y afirmamos—si obedecemos al autor de **Julepe de Menta**—que esa distinción, que esa genialidad, puede quedar representada, aun en una personalidad, antigenial, supérflua.

Esto es lo que destroza el nuevo libro de Giménez Caballero. Estando conformes en parte, con que los pueblos se salvan cuando encuentran un auténtico representante, no podemos creer, que su salvación es idéntica, aunque este representante, no siente esa salvación, sino que la representa.

Puesto que nosotros imaginamos, el puro nacionalismo, como una profunda admiración, hacia el que nos representa. Hacia el que sabe latir, con nuestro latido, que no al que sólo sabe mostrarlo en escena. Porque entonces el nacionalismo se destruye. Pues desde ese momento, el patriota lanza su mirar a otras patrias, en las que algunos, han sabido recoger y sentir, que no presentar aderezado, ese profundo nacionalismo.

Es sólo por este procedimiento por lo que nos explicamos los avances comunistas. El comunismo, ha venido creyéndose como algo auténticamente universal, internacional. Y la extensión del comunismo—como bien sabe usted, Giménez Caballero—no es sino la envidia despertada por un profundo, por usted reconocido, neto nacionalismo. El internacionalismo, no es lo opuesto del nacionalismo, sino un nacionalismo desbordado, es decir, un nacionalismo, que se equivoca, pues se pretende utilizarlo como bálsamo curativo de innúmeras naciones, y no como un estímulo para sentir, un auténtico nacionalismo distinto, cada nación que en su busca se dirige.

Como éste, muchos errores en el libro de Giménez Caballero. Muchos, grandes aciertos. Equivocaciones patentes. Pero un firme deseo de no equivocarse, una sinceridad, que de no admitirla, nos lleva a negar todo el afán un poco viejo, que viene espoleando en su obra a Ernesto Giménez Caballero.

Genio de España, se ha creído algo alocado, sin raigambre, plantado por mero placer excéntrico, y no se le ha considerado como una consecuencia, porque sólo su autor, y el crítico apasionado, pero justo y no influido, sienten en **Genio de España**, latiendo, prologado, en un buen prólogo, nebuloso, joven, que preludiaba, el libro de Curzio Malaparte, **En torno al casticismo de Italia.**

(1) Ediciones de «La Gaceta Literaria».

TIEMPO GENITAL, por Antonio Oliver (1)

Otra nueva cartilla de poesía. Otra nueva porción de algo que suele llamarse poemático. Cuarenta hojas, con algunos versos, montados en escalinata usual. Un nuevo libro, que no puede ser más viejo!

No ha llegado aún el día, en España, de la comprensión exacta de las cosas y de los sucesos. Existe un gran porcentaje de jóvenes aviejados, incapaces de comprender que lo llamado **Vanguardia** fué un hecho hace años, digno de estudio, y origen de una trascendente revolución artística. Pero que lo revolucionario deja de ser revolucionario, cuando se hace permanente.

Antonio Oliver, pertenece a esa legión incomprensiva. Este libro que hoy nos llega, magnífico de composición e impresión, no lo es tanto desde el punto de vista que más interesa. En él, lucen un garbo ridículo, cuarenta composiciones, sin brio, sin rítmica emoción, desposeidas de una imagen acusadora del poeta, sin nada que pueda llamarlas composiciones poéticas.

Cuajada la cartilla de influencias, no ha sabido, como todo lo que se influye, influirse de lo conveniente. Y no comprendemos en verdad, cómo entre los jóvenes españoles que cultivan la poesía, no se encuentra uno, que comprenda, que **creación**, no es **repetición**, pues si lo hubiera, no soportaríamos casi diariamente, tantas cartillas plagiadas, de los verdaderos libros de texto.

Antonio Oliver, como otros tantos, no comprende, que en España, dentro de su generación joven, existen dos poetas como Federico García Lorca, y Rafael Alberti, que exigen al poeta que los precede, **poesía**, y no estridencia ridícula, que más que alarde creador, pasa a ser impotencia manifiesta.

Antonio Oliver, no ha comprendido que si la poesía ultraísta, un tanto absurda dentro de un hoy, que pretende ser ayer, y no mañana, representó un instante en el movimiento poético universal, no lo representó como una época, sino como un hecho derrocador de toda una ñoñez poética.

Mas es evidente, que la ñoñez, puede aparecer recubierta de harapos o de falsas joyas. Y es evidente también, que si el ultraísmo derrocó, una ñoñez harapienta, se impone actualmente, una nueva tendencia, que destruye la vanguardista ñoñez de bisutería.

Enrique Azcoaga

Madrid, 16—IX—32.

(1) Ediciones Ludeste.

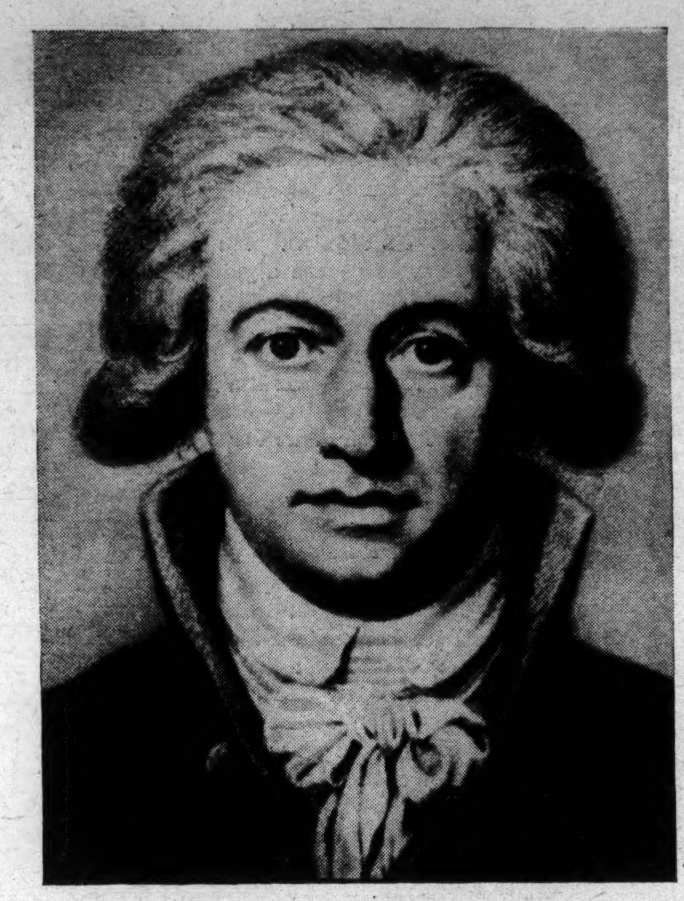


Goethe o la progresión

= *Envío del autor.* Quito =

(Concluye.—Véase la entrega anterior)

Escolios al Fausto.—Nuestro geómetra moral, D. Juan Montalvo, ya buscó para el perfil anímico de aquel grande D. Juan de Francfort, la figura de la espiral sin regreso. De parecido modo quiso admirarle Rodó, estimando a Goethe como al espíritu, más que de la ascensión, del camino, de la evolución, de la marcha de avante vehemencia, y, a veces, de sabia curva, de buscado zig zag. No tenía, como los hombres cotidianos, un amor paciente de continuación, ni una fijeza nítida de límite. Era el Goethe remozado y naciente en cada día. Sus obras mismas son una confesión de su camino vario y nunca sofocado por el alto de las poderosas inquietudes ni detenido por la necesidad de volver atrás. La violenta, y de pronto petrificada actitud de la mujer de Lot, no pudo caber en su viaje. Retornaría con ojos espirituales a sus horas viejas, buscaría recuerdos añejos, más hasta en su pasión de fijarlos en el libro, sería de extraordinario movimiento. No dió a sus creaciones el carácter de película tersa de lo disecado. En sus figuras, aún en las alegóricas, siempre hay algo como sangre fluente y cordaje de nervios prontos a vibrar.



Goethe

(Dibujo de *Lips* hecho en 1791)

La imagen espiritual de Goethe aparece, como en muy pocos de los libros eternales que conozcamos, en el **Fausto,** y aun cuando su motivo sea el de una leyenda medioeval de la Germania (1) y de su viejo y ordenado rezago de lecturas quede el mundo difícilmente olvidado de la Mitología y arranque, asimismo, de las creencias alemanas de los siglos medios y de la preocupación de la alquimia y de la hechicería pronta a desvanecerse ante la exorcista señal, insinuadas, eso sí, sonrientemente, en las escenas que se alumbran con las luces mefistofélicas, la curiosidad de Enrique y la inocencia amorosa de Margarita, jamás ha de separarse, para el examen vital, de los capítulos de la tragedia, como llamó Goethe a su poema, la presencia, permanentemente advertida del viejo Juan Wolfgang que buscaba eternizar allí la historia de una vida en continuo reclamo de las cisternas de la sabiduría, de los filtros de la magia, de la seducción de los amores. Empero no extiende en el Fausto una sola vida su lineal marca o su múltiple variación. Es un libro de muchas vidas y precisamente el pensamiento de Goethe expresado en sus **Conversaciones con Eckermann** fué el de que no se lo pudiera penetrar por completo. Poseemos un emplar del **Fausto** sembrado de anotaciones. En él se quiso aminorar la frase goethiana y buscar la forma de reducirla a deseo casi deshecho. Para el concepto oscuro ha surgido la explicación, para la alegoría el rayo penetrativo de la linterna, para la frase alusiva la cita histórica. Pero algo quedará en la esencia de la palabra más recóndita, como en la copa del Rey de Thule, vedada para otros labios y destinada, al fin, para el sorbo interminable del mar (1). Por eso, a pesar de la fantasía de mil figuraciones entre las cuales resbala la existencia de Fausto, sobre todo en los actos de la segunda parte, la tesitura de su destino es humana, profundamente humana, como lo es también el ápice de su albedrío. Así pensaríamos, aunque con remota prueba, en las vidas de la tragedia griega, moldeadas, en desigual, pero al fin contorneador dilema, entre la fuerza desconcertante del destino y la fiera conciencia de su voluntad. Del mismo **Libro de Job,** muestra primitiva en el tiempo y compleja en la sabiduría, se ha dicho que es el **Fausto oriental invertido** (2). De verdad, y si en trabajo de abstracción hemos de conceder por hoy importancia única a la **dirección humana,** el Doctor de Goethe ha revestido la quieta sapiencia de Job. En éste, la espera es la perpetua búsqueda de la verdad en el alma.—¿Para qué indagar por ella en los caminos?—Y de la felicidad en el diario desvestirse de los deseos. Casi le absorbe la llaga creciente como una ola de ahogo en singular naufragio estático. Y de la explicación de estos padecimientos brota el diálogo, matizado de reflexiones y de consuelos, raíz múltiple de varias de las flores de la poesía que se llamó didáctica. Fausto, al contrario, quiere gritar su angustia, trocar su conocimiento ponderable por el desliz curioso o por el satánico arrebato. No sabe lo que desea a punto fijo y pudiera, en otro tiempo, dejarse caer en la sima del suicidio, como Werther. Tiene "la medias conciencia de su locura y el corazón insatisfecho y agitado". Busca lo terreno, quiere arder aquí y al paso de su violenta fiebre y de su cuerdo desconcierto, el fuerte taconeo nos lo representa firme para buscar a la mejor de las Margaritas por los jardines simples de virginidad o por las vecindades de la Iglesia, y el ala de su capa, en vuelo como de huida, nos lo muestra a veces casi en desprendimiento. No sabemos si su Fausto abandonará, de repente, a Mefistófeles, para contemplarlo de más lejos, de más alto, como a un escorzo de fuego o a una etcétera de ceniza. Y no es propiamente su espíritu una cubeta de alquimista. Le ha tocado el ambiente de la magia, pero sin saturarlo. Internamente se ríe del mismo diablo. Los libros han puesto en su visión conjunta del mundo un severo disgusto. Mas hay algo de niño y mucho de poeta en sus divagaciones a lo largo del camino. Para él se ha dicho que "el hombre yerra mientras tiene aspiraciones" y al adivinar la frase despectiva de Mefisto, "no me vengan a mí con cadáveres", comprende que de la movilidad, del no darse reposo, ha de nacer el dominio sobre la vida. Tiembla sobre su frente paradógicamente aridecida por el largo y constante penetrar en las fuentes del saber, la voz del Señor: "Presto le guiaré a la claridad". Confía, por eso, en las nuevas luces, dándonos, a cada momento, la dubitativa inquietud de pasar, deteniéndose: el fuerte contorno del brazo que se aferra para aprisionar el talle de Margarita y la pluma flotante del cabello que quisiera ser la cola de un cometa, el fuego fatuo, el imán de la vía láctea. Y es así como la mitad del Fausto, por la voluntad del sarmiento, ha de quemarse en la brasa y la otra temblará en aspi-

(Pasa a la página 284)

(1) Leyenda extendida en múltiples obras, entre ellas, aparte de la de Calderón, el *Fausto* de Maximiliano Klinger, con recuerdos del siglo XVIII alemán, de Francia, Inglaterra y España, de Torquemada y las víctimas del Santo Oficio, y el *Fausto* del poeta francés Gerardo de Nerval.

(1) «Leyendo con detenimiento el amplio y minucioso estudio de Emil Ludwig sobre Goethe, lo que él ha llamado «historia de un hombre», me convenzo de que para penetrar en el íntimo sentido de una obra, sobre todo de una obra maestra, hay que ver, muy de cerca, la vida de su autor. Con ningún otro de los alemanes me creía tan familiarizado como con éste; había leído varias veces el *Fausto* y ahora descubro que mi conocimiento de esta gran obra era puramente exotérico. No había pasado de la superficie».—*Enrique José Varona.*—REPERTORIO AMERICANO.

(2) Düntzer.

Domingo 19 de octubre de 1823. (T. I, pág. 65).—Se habló luego de que yo debía aprender el inglés, y Goethe me aconsejó insistentemente que lo hiciera, especialmente por Lord Byron, personalidad de una eminencia como no ha habido otra y como difícilmente volverá a haberla.

Martes 24 de febrero de 1824. (T. I, pág. 107).—Luego me enseñó Goethe una crítica corta que había escrito sobre el Caín de Byron, y que leí con el mayor interés. "Se ve—dijo—cuánto le ha preocupado a un espíritu libre como el de Byron lo defectuoso de los dogmas de la Iglesia; en esta obra trata de libertarse de una doctrina impuesta. Sin duda que el clero inglés no se lo agradecerá; pero yo tengo curiosidad por ver si sigue aprovechando asuntos bíblicos análogos a éste, y me extrañaría que dejase escapar un tema como el de la destrucción de Sodoma y Gomorra".

Miércoles 25 de febrero de 1824. (T. I, pág. 111).—. . . "Tiene usted razón,—dijo Goethe—, cada forma poética produce diversos efectos misteriosos. Si el contenido de mis **Elegías romanas** se expresase en el tono y en el metro de **Don Juan** de Byron, parecerían escandalosas".

Jueves 26 de febrero de 1824. (T. I, pág. 120).—También había dicho Goethe que para Byron el mundo era transparente, y que podía representarlo por anticipación. A propósito de eso, yo suscité algunas dudas; verbigracia: si le sería posible a Byron representar un animal de especie inferior; pues me parecía demasiado poderosa su individualidad para poderse entregar con amor a tales asuntos. Goethe se mostró conforme conmigo, y replicó que la anticipación sólo se extiende al círculo de asuntos que tienen analogía con el talento del poeta, y estuvimos de acuerdo en que la cuantía de limitación o extensión de la anticipación sirve de medida a la mayor o menor amplitud del talento de representar.

Viernes 3 de diciembre de 1824. (T. I, pág. 160).—"Lo importante — siguió Goethe —, es que acumule usted un capital que no se gaste nunca. . . ¿A quién debemos nuestras novelas, nuestro teatro, sino a Goldsmith, Fielding y Shakespeare? Y aun hoy, ¿puede usted encontrar en Alemania tres nombres que puedan parangonarse con los de lord Byron, Moore y Walter Scott? Por tanto, se lo repite, afírmese usted en el inglés, concentre usted todas sus fuerzas en una labor seria, y deje pasar tranquilamente todo lo que no puede serle útil ni concuerde con su vocación".

Martes 18 de enero de 1825. (T. I, pág. 174).—"Por eso—intervine yo—me han maravillado siempre los eruditos que parecen creer que la poesía no va de la vida al verso, sino de los libros a los versos. Repiten sin cesar: esto lo ha tomado de aquí; esto, de allí. Sí, verbigracia, encuentran en Shakespeare pasajes que se hallan también en los antiguos, ha de haberlos tomado de los antiguos. Así, entre otros, hay en Shakespeare un pasaje en que un personaje, contemplando una muchacha hermosa, llama dichosos a los padres que tal hija tienen y al joven que obtenga su mano. Y porque también se encuentra este pasaje en Homero ¿Shakespeare ha de haberlo sacado de Homero? ¡Es maravilloso! ¡Como si se necesitase ir tan lejos a buscar expresiones como ésta, que diariamente se sienten y se pronuncian!"

"Sí—dijo Goethe—, eso es altamente ridículo".

"Tampoco el mismo Byron —añadí—muestra mucho tino cuando desmenuza el **Fausto** y afirma que unas cosas están tomadas de un sitio y otras de otro".

"La mayor parte de esas magnificencias ajenas que Byron acota—contestó Goethe—ni siquiera las había leído, y mucho menos pensaba en ellas al escribir el **Fausto.** Pero lord Byron sólo es grande cuando poetiza, es un niño cuando reflexiona. Por eso no sabe defenderse de ataques semejantes a estos, nacidos de la incomprensión, que le han dirigido compatriotas suyos; hubiera debido rechazarlos con más fuerza. Debía haber dicho: "lo que está ahí es mío, y no importa que lo haya sacado de la vida o de los libros, lo que importa es haberlo utilizado atinadamente". Walter Scott ha utilizado una escena de mi **Egmont,** y tenía derecho para hacerlo, y como lo hizo inteligentemente, ello redunda más bien en honor suyo.. También ha imitado en otra de sus novelas el carácter de mi **Mignon;** dejemos aparte la cuestión de si lo ha hecho con la misma fortuna. **El diablo transformado** (1) de Byron, es una continuación de **Mefistófeles,** y está bien. Si por prurito de originalidad hubiese querido apartarse de él, le hubiera salido peor. Mi **Mefistófeles** canta una canción de Shakespeare. Y ¿por qué no? ¿Por qué había de tomarme la molestia de inventar una, si la de Shakespeare estaba bien y de-

(1) *The deformed transformed.*

DEL IDEARIO DE GOETHE

Goethe y Lord Byron

= Citas de las *Conversaciones con Goethe*, de Eckermann, edición ESPASA-CALPE, S. A. Selección de *Rafael Estrada* =



Lord Byron

Carta alusiva

Estimado don Joaquín:

Efectivamente, por aquellos años, cuando me dediqué a la lectura de Goethe, hice un índice ideológico lo más satisfactorio para mi posible. Quiere usted que atendamos la insinuación de la Mistral y publiquemos por orden de materias algunos conceptos de Goethe recogidos por Eckermann en sus "Conversaciones", a fin de despertar el interés por la lectura, tan interesante y honda siempre, de todo lo que al Maestro se refiere. De intentarlo completo habría, desde luego, que hacer una reimpresión de la obra de Eckermann, cambiándole de forma, como que cada párrafo de ella contiene algo interesante: aun lográndolo, deberíamos recordar que el mismo afortunado pastor de Winsen disculpa los vacíos de su labor y los al parecer contradictorios conceptos de Goethe con el inaprehensible espíritu de éste, que ahondaba en todos los matices y en todos los caracteres de las almas, y lo hacía fácilmente clasificarlo todo,—lo humano, la Naturaleza propiamente, lo Divino—, con una sencillez magistral y reduciéndolo todo a categorías entre las más sutiles de las cuales sabía colocar siempre su propio espíritu.

Con esta salvedad para los lectores van estos párrafos: no he tenido preferencia sentimental o ideológica al trascribirlos, ni pretendería haberla tenido sin pecar de iluso, por la enorme extensión de conocimientos que hay en las "Conversaciones". Tampoco van por un riguroso orden alfabético porque parecería entonces algo de Diccionario; al azar voy escogiendo pareceres de Goethe sobre ciertos asuntos. De otro modo sería como querer imponer un Goethe mío, cuando lo que se quiere es despertar el amor por su lectura, en la cual cada quien verá si encuentra el suyo.

Las citas son tomadas de la edición hecha por la editorial Espasa-Calpe, en tres tomitos de la "Colección Universal" de las **Conversaciones con Goethe** por Juan Pedro Eckermann.

Suyo affmo.,

Rafael Estrada

1932.

cía justamente lo que había que decir? Por eso, si la exposición de mi **Fausto** guarda alguna semejanza con la de **Hiobe,** está bien, y es más de alabar que de censurar".

Jueves 24 de febrero de 1825. (T. I, pág. 182).—...Seguimos hablando de lord Byron, y hasta recordó que en sus conversaciones con Medwin había dicho que escribir para el teatro era tarea muy ingrata y difícil. "Eso depende—comentó Goethe—de que el poeta sepa tomar la dirección en que marchan el gusto y el interés del público. Si el talento coincide con el gusto del público, está hecho todo. Houwald, en su obra **El cuadro,** encontró este camino, y de aquí que consiguiese general aplauso. Byron no ha sido quizá tan afortunado, porque sus tendencias iban por distinto camino que las del público. Pues en el teatro el éxito no depende de la grandeza del poeta; más bien sucede a menudo que aquel cuya personalidad sobresale poco del nivel del público es el que, por eso precisamente, consigue el favor general".

Continuamos hablando de lord Byron, y Goethe admiró su extraordinario valor. "Ningún hombre estuvo mejor dotado que él—dijo—por lo que toca a lo que yo llamo la invención. La manera como resuelve los conflictos dramáticos excede a toda esperanza, y es mejor siempre de lo que uno se figuraba". "Eso me ocurre a mí con Shakespeare—indiqué—, sobre todo con **Falstaff,** cuando es cogido en flagrante embuste; me pregunto lo que yo hubiera hecho para salvar el apuro, y Shakespeare sobrepuja con mucho mi imaginación. Pero que diga usted lo mismo de lord Byron, es el mayor elogio que puede hacerse de él. Sin embargo—añadí—, el autor, que domina claramente el principio y el fin, en estos casos, está en mejores condiciones que el lector".

Goethe me dió la razón y luego se rió de que Byron, que nunca se había sometido a nadie ni acatado ley alguna, al cabo se hubiese rendido a la estúpida ley de las tres unidades. "Byron comprendió tan mal como el resto de las gentes el fundamento de esta ley. El fundamento es la verosimilitud, y las tres unidades sólo se justifican cuando sirven para conseguirla. Pero cuando van contra lo verosímil, no tiene sentido considerarlas como ley y pretender seguirlas..." Hablando de Byron siguió diciendo Goethe: "Sin embargo, le viene muy bien la limitación que, por la observancia de las tres unidades, se imponía a su naturaleza, impulsada siempre por el anhelo de lo ilimitado. ¡Ojalá hubiera sabido limitarse así en lo moral! El no haber podido hacerlo fué causa de su perdición, y puede decirse perfectamente que su desenfreno ha sido su ruina. Veía muy oscuro en sí mismo. Vivía apasionadamente el momento y no pensaba en las consecuencias de sus acciones. Permitiéndoselo todo para sí propio, y no aprobando nada en los demás, tenía que arruinarse y levantar en contra suya a todo el mundo. Con sus **English Bards and Scotch Reviewers** ofendió desde el principio de su carrera a los mejores literatos. Y para poder vivir, tuvo luego que retroceder. En sus obras siguientes continuó la oposición y la censura, y ni el Estado ni la Iglesia escaparon a sus ataques. Esta lucha sin cuartel le expulsó de Inglaterra, y con el tiempo le hubiera expulsado de Europa..."

..."Lord Byron—continuó—puede considerarse como hombre, como inglés y como gran talento. Sus buenas cualidades vienen preferentemente del hombre, las malas de haber sido inglés y par de Inglaterra, y su talento es inconmensurable. Los ingleses, como tales, carecen de reflexión propiamente dicha. La dispersión de su vida y el espíritu de partido no les permiten formarse de un modo lento y gradual. Pero, en cambio son excelentes como hombres prácticos.

"Por eso lord Byron no llegó nunca a reflexionar sobre sí mismo; por eso sus reflexiones, en general, son siempre defectuosas, como lo prueba su lema: "Mucho dinero y ninguna autoridad", pues el mucho dinero paraliza la autoridad. En cambio, logra producir cuanto quiere, y puede decirse que en él la inspiración sustituye a la reflexión. Tuvo que poetizar de continuo, y todo lo que salía del hombre, y particularmente del corazón, es en él excelente. Sus obras le han nacido como a las mujeres los hijos hermosos: sin pensar en ello y sin saber cómo.

"Es un talento eminente, un talento innato, y no conozco a nadie que posea en más alto grado que él la fuerza poética propiamente dicha. En la visión de lo exterior y en el poder de evocar situaciones pasadas iguala a Shakespeare. Pero Shakespeare le es superior como individuo puro. Eso lo sabía Byron muy bien, y por eso habla poco de Shakespeare, a pesar de que se sabía de coro pasajes enteros suyos. De buena gana lo hubiera negado, pues la alegría de Shakespeare es su enemiga; siente que nada puede contra ella. En cambio, a Pope no lo niega, porque sabe que no tiene que temerle. Por el contrario, aprovecha todas las ocasiones para citarlo con estimación, sabiendo perfectamente que Pope no es nada frente a él"...

...Para Byron fué una gran desventaja pertenecer a la elevada clase de los pares ingleses. Pues si todo hombre de talento se siente cohibido por el ambiente exterior, mucho más quien dispone de tan alto nacimiento y de tan caudaloso patrimonio; lo más favorable para el desarrollo del talento es una situación media. A eso se debe que todos los grandes artistas y poetas hayan pertenecido a las clases medias. El anhelo de Byron hacia lo ilimitado no le hubiera sido tan dañoso, si hubiese nacido en más baja cuna y hubiese dispuesto de menor caudal. Pero él estaba, por su alcurnia y su riqueza, en situación de poner en ejecución todas sus aspiraciones, y de ese modo se enredaba en una vida inextricable. Además, ¿qué alcurnia iba a imponerle respeto a quien pertenecía a una tan elevada? Así expresó siempre cuanto se le ocurría, y esto le puso con el mundo en un permanente e insoluble conflicto.

"Con asombro se entera uno—continuó Goethe—del mucho tiempo de su vida que un inglés rico pierde en raptos y en duelos. Lord Byron mismo cuenta que su padre había raptado a tres mujeres. ¡Con tal ejemplo cualquiera es un hijo razonable! En realidad, Byron vivió constantemente en estado de naturaleza, y con su modo de ser érale necesario pensar diariamente en la necesidad de defenderse. De aquí sus continuos ejercicios de tiro. A cada momento tenía un reto.

"No podía vivir solo, y por eso, a pesar de todas sus excentricidades, era muy condescendiente con su sociedad. Una noche lee la magnífica oda a la muerte del general Moore, y sus nobles amigos no entienden una palabra. Byron no se inmuta y la guarda. Como poeta, era realmente un cordero. ¡Otro los hubiera enviado a todos los diablos!"

Sábado 11 de junio de 1825. (T. I, pág. 201).—Goethe habló hoy mucho en la mesa del libro del mayor Parry sobre lord Byron (1).—Lo elogió calurosamente y dijo que lord Byron aparecía en este libro mucho más perfecto y con una conciencia mucho más clara de sí mismo y de sus propósitos que en todo lo demás que sobre él se había escrito.

"El mayor Parry debe de ser un hombre de gran talento para haber podido comprender tan perfectamente a su amigo y haber logrado describirle de un modo tan acabado. Me ha gustado particularmente una frase de ese libro, digna de un griego antiguo, de un Plutarco. "Al noble lord—dice Parry—le faltaban todas las virtudes de la clase media, y su nacimiento, su educación y su género de vida le impedían adquirirlas. Ahora todos los que le critican desfavorablemente pertenecen a la clase media, y lamentan, censurándolo, echar de menos en él aquellas cosas que aprecian en sí mismos. Las buenas gentes no piensan que lo elevado de su posición le hacía poseer méritos de que ellos no pueden tener idea". "Que, ¿le gusta a usted esto?—dijo Goethe—. ¿No es cierto que cosas así no se oyen todos los días?"...

Domingo 25 de diciembre de 1825. (T. I, pág. 211).—La conversación recayó sobre Byron, y se puso de manifiesto su inferioridad frente a la sana alegría de Shakespeare, y cómo se había atraído frecuentes, y en general no inmerecidas censuras por su situación negativa. "Si Byron hubiese tenido ocasión—dijo Goethe—de libertarse de lo que en él había de espíritu de oposición, por medio de discursos violentos en el Parlamento, sería más puramente poeta. Pero como en el Parlamento apenas habló, hubo de guardarse cuanto había en su corazón contra su país, y para libertarse de ello, no le quedaba otro recurso que elaborarlo y expresarlo poéticamente. Por tanto, yo llamaría, y creo que no inadecuadamente, a una

(1) *The last days of lord Byron.* Londres, 1825.

gran parte de la obra negativa de Byron, discursos parlamentarios comprimidos".

Pascua de Resurrección, 26 de marzo de 1826. (T. I, pág. 222).—En la comida estuvo Goethe del mejor humor. Hoy había llegado algo muy valioso: la dedicatoria del **Sardanapalo,** de Byron, escrita de puño y letra del autor. Nos la enseñó de sobremesa, insistiendo sobre su hija para que le devolviese la carta que desde Génova le había escrito Byron. "Hija mía—decía—, ya ves que tengo reunidos todos los recuerdos que poseo de Byron; hasta esta hoja preciada ha llegado hoy a mí, de una manera inesperada, y sólo me falta ya esa carta".

Pero la amable admiradora de Byron no quería verse privada de la carta. "Me la ha regalado usted, querido padre, y no la devuelvo; y ya que dice usted que las cosas parejas deben juntarse, deme usted la hoja de hoy y yo guardaré ambas cosas". A eso no se avenía, naturalmente, Goethe, y la graciosa disputa continuó un buen rato, hasta que se disolvió en una conversación general muy animada.

Luego que nos hubimos levantado de la mesa, y cuando las señoras se fueron, quedé solo con Goethe. Trajo de su despacho una cartera roja, y se acercó conmigo a la ventana, donde la abrió. "Mire usted—me dijo—, aquí está reunido todo cuanto se refiere a mis relaciones con Byron. Esta es su carta de Livorno, esta es una copia de su dedicatoria, esta es mi poesía, y esto es lo que escribí sobre las conversaciones de Medwin; no me falta más que la carta de Génova, pero mi hija no quiere dármela".

Goethe me habló luego de una invitación muy cariñosa, referente a Byron, que había recibido hoy de Inglaterra, y que le había impresionado muy agradablemente. Con este motivo, su espíritu estaba lleno de Byron, y dijo cosas interesantísimas sobre él, sobre sus obras y sobre su genio. Entre ellas recuerdo ésta: "Piensen lo que piensen de Byron los ingleses, lo cierto es que no pueden presentar otro poeta que le sea comparable. Es distinto de los demás, y, en general, superior a ellos".

Miércoles 8 de noviembre de 1826. (T. I, pág. 227).—Hoy Goethe ha hablado de nuevo, con admiración, de lord Byron. "He vuelto a leer—dijo—su **Deformed transformed,** y su talento me parece cada vez mayor. Su diablo ha salido de mi **Mefistófeles,** pero no es una imitación, todo es original y nuevo, todo sobrio, exacto e ingenioso. No hay un pasaje débil en toda la obra; ni un solo resquicio hueco que se halle vacío de fantasía y espíritu. Sólo le estorba su temperamento negativo e hipocondriaco; sin eso podría igualarse a Shakespeare y los antiguos".—Me admiré. "Sí—dijo Goethe—, puede usted creerlo; lo estudio cada vez de nuevo y cada vez me parece mejor". .

Jueves 18 de enero de 1827. (T. I, pág. 270).—La conversación se concentró en Schiller, y Goethe continuó de este modo:

"La verdadera fuerza creadora de Schiller estaba en lo ideal, y en esto pocos pueden igualarse a él, ni en la literatura alemana ni en ninguna otra. Quien más se le asemeja es lord Byron; pero Byron le supera en conocimiento del mundo. Me hubiera gustado que Schiller llegase a conocer a Byron; fuera curioso saber lo que hubiera dicho de un espíritu tan emparentado con el suyo. ¿Habría publicado algo Byron en vida de Schiller?"

Miércoles 20 de junio de 1827. (T. I, pág. 315).—...Dije que había leído estos días el Caín, de Byron, y que había admirado sobre todo el tercer acto y la motividad del homicidio.

"Sí—dijo Goethe—, la motivación es excelente, es de una belleza tal que apenas habrá nada que pueda equipararsele".

"El **Caín**—dije—estaba antes prohibido en Inglaterra; ahora lo lee todo el mundo, y los ingleses jóvenes suelen llevar en sus viajes las obras completas de Byron".

"La prohibición era absurda—replicó Goethe—, pues en el fondo nada hay en el **Caín** que no enseñen también los obispos ingleses".

Jueves 5 de julio de 1827. (T. I, pág. 319).—"También en lord Byron—dije—se encuentran a menudo descripciones muy inmediatas, que nos dan el objeto puro, sin excitarnos los sentimientos más de lo que pudiera hacerlo un dibujo del natural de un buen pintor. Particularmente, en el **Don Juan** abundan pasajes de esa índole".

"Sí—dijo Goethe—; Byron es admirable en eso. En sus descripciones hay una tan fácil realidad, que parecen improvisadas. Del **Don Juan** conozco poco; de sus demás poesías recuerdo trozos, particularmente descripciones marinas inapreciables, en las que de cuando en cuando se ve brillar una vela, y que producen tal sensación de realidad, que hasta parece sentirse el aire del mar"... "Nuestros estéticos alemanes—dijo Goethe—hablan mucho de asuntos poéticos y no poéticos, y en cierto sentido es posible que no dejen de tener razón. Pero en el fondo no hay ningún objeto real que no sea poético, si el poeta sabe tratarlo adecuadamente".

...Hablamos luego de **Los dos Foscari,** haciendo yo la observación de que Byron describe perfectamente los tipos de mujer. "Sus mujeres—dijo Goethe—, están bien. Esa es la única vasija que nos queda a los modernos para verter en ella toda nuestra idealidad. Con los hombres nada puede hacerse. Homero se lo ha llevado todo con el valiente Aquiles y el prudente Ulises".

"Por lo demás—dije yo—**Los Foscari,** con sus personajes constantemente atormentados, producen una impresión penosa, y no se comprende apenas cómo Byron pudo vivir tanto tiempo preocupado con un asunto semejante para escribir su obra".

"Ese era el elemento propio de Byron—dijo Goethe—; gustaba de atormentarse a sí mismo, por lo cual estos asuntos constituían su tema favorito, como puede usted verlo en sus obras, en las cuales apenas si hay un asunto alegre. ¿Pero no es verdad que la exposición de **Los Foscari** es digna de elogio?"

"Es excelente—dije—. Todas las palabras son firmes, significativas y acertadas; en general hasta ahora no he encontrado en Byron ni una sola línea inexpresiva. Me produce la sensación de verle salir de las ondas del mar fresco y penetrado de nuevas fuerzas creadoras".

"Tiene usted razón—dijo Goethe—. Así es". "Cuanto más le leo—añadí—, más admiro la grandeza de su genio, y

ha hecho usted bien levantándole en **Helena** el monumento inmortal del Amor".

"No podía elegir a otro que a él—dijo Goethe—como representante de la nueva edad poética, pues sin duda hay que considerarle como el primer poeta del siglo. Además, Byron no es ni antiguo ni romántico; es como la época actual misma. Yo necesitaba un hombre como él. Era también el indicado por su naturaleza insaciable y su tendencia guerrera, que lo llevó a morir a Missolonghi. No es fácil ni recomendable escribir un estudio sobre Byron; pero tampoco en lo sucesivo dejaré de mencionarlo ocasionalmente, tributándole la honra debida y citando algunos de sus pasajes".

Ya que la **Helena** había venido a ser objeto de la conversación, Goethe siguió hablando de ella. "Anteriormente había pensado de otro modo el desenlace, me lo había representado de distintas maneras, y una de las veces me había salido bien; pero no quiero decirle más. Entonces ocurrió lo de Byron en Missolonghi, y abandoné todo lo demás..."

Domingo 15 de julio de 1827. (T. I, pág. 330).— ..."En cambio, nosotros conocemos perfectamente a Shakespeare y Byron, y sabemos apreciarlos quizás mejor que los ingleses mismos".

Martes 16 de diciembre de 1828. (T. II, pág. 48).—Luego, la conversación pasó a Byron y a algunas de sus obras, y durante ella Goethe halló frecuentes ocasiones para repetir sus anteriores manifestaciones de reconocimiento y admiración por el gran talento del poeta.

"Estoy conforme de todo corazón—repliqué yo—en cuanto vuecencia dice de Byron; pero por grandes y valiosas que hayan podido ser las dotes de este poeta, dudo mucho que de sus escritos pueda sacarse un provecho decisivo para una educación humana".

"Tengo que contradecirle a usted—dijo Goethe—. Pues qué, ¿el atrevimiento, la osadía y la grandiosidad de Byron no son educativas? Tenemos que librarnos de buscar lo que educa exclusivamente en lo decididamente moral. Todo lo grande educa, con tal que nos demos cuenta de ello".

Martes 18 de mayo de 1824. (T. III, pág. 64).—Se produjo una pausa, que interrumpió Riemer, recordando a lord Byron y su muerte. Con este motivo Goethe hizo un brillante análisis de sus obras y se mostró lleno de alabanzas y de reconocimiento. "Por lo demás,—añadió—, aunque Byron haya muerto muy joven, la literatura no ha perdido nada esencial en su obra futura malograda. En cierto modo, Byron ya no podía ir más allá. Había llegado a la cúspide de su fuerza creadora, y fuese lo que fuese lo que hubiera podido hacer aun, no hubiera ampliado los límites trazados a su genio. En la incomprensible poesía de su **Juicio final** ha dado el máximum de su capacidad".

La conversación vino a parar al poeta itaiano Torcuato Tasso y a la relación que pudiera haber entre él y Byron; Goethe no disimuló la superioridad del inglés en espíritu, conocimiento del mundo y fuerza creadora. "No puede compararse a estos dos poetas—dijo—, sin que el uno aniquile al otro. Byron es el tizón ardiente que reduce a cenizas el sagrado cedro del Líbano. La gran epopeya del italiano ha guardado su fama durante siglos; pero una sola línea del **Don Juan** acabaría con toda la **Jerusalem libertada**".

Goethe o la progresión...

(Viene de la pág. 280)

ración de fugar, aunque sólo sea en el humo de la hoguera que se apaga.

No está en el **Fausto** el conocimiento universitario ni sólo la disciplina de los viajes mentales seguros (1). Hay algo más, en desigual armonía que ha parecido desorden, arrancando de los guardianes del precepto el juicio de que carece de unidad ese poema inconexo y fragmentario. Es un libro proteico, de confesiones y de símbolos, en el cual se extienden, con sinuoso avance y capricho de alegoría, la poesía y la verdad. El mismo Goethe no quiso dar otro subtítulo al folio de sus **Memorias.** Fausto ha buscado, con absorta mirada, en todos los libros, el secreto de la jurisprudencia, de la medicina, y también, "para su mal", de la Teología. "Se dice" maestro y doctor y bien pronto la ronda de sus discípulos crece y crece como una marejada. ¿Querrá conducirlos "de los cabezones", a la memoria de la teoría, a la vida insegura de la hipótesis, al dominio de la astrología, a la explicación de las proposiciones de Tales y Anaxágoras, al peripato o a la intuición? "Veo que nada podemos saber" exclama el doctor Fausto, añadiendo en tono de propia condolencia, "y esto llega casi a consumirme el corazón". Igual la expresión socrática e idéntica la vertiente que trae aguas de lejanos orígenes y se precipita a su término en cascada que se ignora a sí misma, aunque reviente en espuma millonésima. Ese "pobre loco, tan sabio como antes" al buscar, inquietamente, al profesor Nostradamus, gritaría con la voz apagada y consumida por las mil imágenes que salen de sus libros para danzar extrañamente por su estancia gótica: ¡La magia!, ¡el macrocosmo! Abandonará los volúmenes para darse a Mefisto y cuando retorne, en la segunda vida de la tragedia, a la residencia de su antigua sumersión de buzo de las ideas, le saludarán burlonamente los gusanos y ante el gesto asombrado del fámulo, el Bachiller que confunde a Mefistófeles con Fausto ha de dudar de la ciencia del antiguo huésped de la cátedra. Duda que levanta, con la gracia de los soplos moceriles, el polvo que recubre los muebles por largo tiempo abandonados, que ha encanecido a los murciélagos, pero que no ha cegado el ojo de las luciérnagas. Duda de jovenzuelo que no podía herir la delicadeza o el entero dominio de Fausto, pues su misma visión, la de avanzar, la de renovarse, solía imprimir en sus nervios la suerte de la continua escapada. Borraba los caracteres de ayer, quería fijar los del presente, hacíase de memoria y olvido. La imagen de este sabio, aparente o absolutamente frustrado, es parecida a la de Mefistófeles, el cual "buscaba un tesoro escondido y en vez de oro sacó solamente horribles carbones".

Mezcla de esperanza y de escepticismo, de campo frío entibiado a trechos por rápidas lumbraradas de fe. A lo largo de las escenas del **Fausto** se plantea la vida unilateral del sabio y su inanidad para sentir y gozar, en plena posesión de los seres y de las cosas, aun cuando no se sepan o se desdeñen las leyes reguladoras del Universo, los principios biológicos. ¿Qué se le da, en definitiva, al gustador sibarita, de la profunda elaboración de la tierra y qué al dueño de la tarde plácidamente recalentada o al poseedor de los tesoros, del parentesco de los dioses y los metales? El cobre: Venus; el hierro: Marte; el estaño: Júpiter; el plomo: Saturno; el oro: el sol; la plata: la luna. Esos términos habían fatigado a Fausto y el aprecio goethiano del saber inactivo y copioso se concreta en la figura del homúnculo, cerca de cuya vida exáltase el descubrimiento de la procreación rebelada. Wagner lo contempla adquirir movilidad en la redoma mágica y el será quien en breve interprete un sueño de milenio del Doctor Fausto. Los viejos libros nos han dado una idea del homúnculo: transparencia que se dijera incorpórea, endeblez, existencia biológica artificial e inteligencia extraordinariamente lúcida... Al subrayar, con sonrisa, esta nota, pensamos en el moroso afinamiento de la mentalidad que destruye la forma amada de los gimnastas, la vida olímpica de Píndaro. Dolíase el Doctor Fausto de llegar, en la redoma de su vigilia, a la expresión del homúnculo, y a cambio del conocimiento tangible y del reflorecer de la juventud, enajenó su espíritu, decapitó su terror, y si de ascender y expandirse se trataba, no vaciló en aceptar, para subir, el aire ignífero que le ofrecía Mefistófeles. También en otra vez el diablo homúnculo y cojuelo, llevó por el espacio madrileño al travieso estudiante Cleofás...(1)

..Ese Mefistófeles "que se daría al diablo si diablo no fuera él mismo", designará la marcha de Fausto. Otra vez, sobre la infinitud del universo, el albedrío y la tentación, los frutos de la

(1) «Si Goethe no ha podido aceptar la ciencia universal de Leipzig, a lo menos ha sacado indirectamente partido de ella».—M. Bossert: *Goethe, sus precursores y sus contemporáneos.*

(1) Luis Vélez de Guevara: *El diablo cojuelo* (1641). Novela de la picaresca que participa de la leyenda medioeval de alquimistas y demonios, como la posterior del francés Lesage, *Le diable boiteaux.*

vida y en la inquietud sin frutecer, como sedeño retoño de olivo, la rama del árbol de la filosofía. El diablo interno se corporiza y adquiere ya no la vieja advocación del Satán bélico de Milton ni la del vencido de Klopstock, sino esa figura nueva del diablo consejero que gusta de sembrar su estela quemante por los arenosos océanos del mundo.

Y aparecen la complicidad de la vecina que se llama Marta, (contraste con la otra, la del servicio puro), la capciosa conquista, el tributo de las joyas, la noche de Walpurgis, los lances caballerescos de Fausto y la desgraciada caída y la condenación de Margarita, en medio de las exclamaciones en las cuales revienta el drama: "Mefistófeles: Está juzgada.—Voz de lo alto: Está salvada.— Margarita a Fausto: "Ven, ven a mí, Enrique!"

El grito desaparecido de Margarita se volverá de realidad. Fausto envejece y ha de buscarla más tarde. A través de visiones angélicas y diabólicas, su viaje es el del conocimiento. No tiene, como los héroes clásicos, un guía de tranquilo dominio, ni menos el báculo virgiliano como el afortunado Dante. Apoyaráse en sustentáculos de fuego, pero su tránsito ha de marcarse por la rapidez y la simultaneidad de las visitas y de los sueños. "Nada te turbe—le dice Mefistófeles — suene como sonarse, tú que desde hace tanto tiempo estás habituado a las cosas más estupendas", y si el plácido vuelo de Ariel (ideal shakeaspereano), la ronda armoniosa de los elfos y la rotación de las esferas: movimiento que no sentimos, según Aristóteles, y que forma la música universal, pueden mantenerle en victoriosa carrera o en estabilidad de dicha, le inquietarán las esfinges, las sirenas, los grifos y los seismos, las hormigas y los dáctilos, las oreadas y las lamias (1). El doctor Fausto es a la vez levedad y ponderación. Podría seguir la ruta de Ulises, le ha tentado el agua de Leteo, y sin depravada proposición ha deshojado a su Margarita en el horror del patíbulo. Viaja para dejar de arrepentirse, pero en los caminos extraños que recorre le asaltan diversas visiones, y en el sueño de su regreso, la divina belleza de Helena que volvía mudos a los ancianos de Troya y cuya aparición, sólo de imagen, removió la inolvidable palabra fáustica: "Apenas respiro; mi voz tiembla y se me corta. Esto es un sueño; han desaparecido los días y el sitio"...

...Al término, Inquietud, la de cabellos de escarcha, apagará sus ojos con el soplo de gracia. ¡Ciego el doctor Fausto! Ya no podrá buscar entonces pupila de alquimia deshaciendo en retorta magnética los topacios y los berilos, los diamantes y las esmeraldas. No resistirá al dolor de no ver el ansioso observante. El sabio Enrique ha caído de espaldas para que lo recojan los lémures, y ya en el cielo contemplará a Margarita. (Luz, más luz...) La primera visión abigarrada y a la vez limpia, ha de mostrarle la gracia de los ángeles noveles; la diestra de la Samaritana, servicial para la sed; el perfil ya quieto de la egipciaca María, asiduo eslabón de la penitencia...

(1) El paseo de Mefistófeles, Fausto y Homúnculo a través de inmenso campo alegórico.

El prólogo del **Fausto** se desarrolla breve y puro en el cielo. Goethe debió escribirlo cuando premeditaba el soplo de la Inquietud sobre los ojos de su sabio próximo a cegar. Por eso las últimas palabras del poema entrañan una grande esperanza que sólo puede ser advertida por los ojos interiores: "Todo lo perecedero no es más que figura. Aquí lo inaccesible se convierte en hecho. Aquí se realiza lo inefable. Lo Eterno Femenino nos atrae a lo alto".

La exégesis pudiera penetrar con un millar de páginas en el sentido de estas veintiocho palabras.

Bettina. — Del primero al segundo **Fausto** en la vida de Goethe han de trazarse una curva de elevación y una línea horizontal de reposo. Ha merecido, al cabo, la quietud. No se agitará en nuevos llamamientos al goce o a las seducciones del amor y el encuentro de sus postrimerías con una niña dulce y asombradiza, con Bettina, ha de dictarle, quizá, las últimas escenas del proceso fáustico, calmado ante el logro de todo, con nuevas esperanzas que se doran de cierta celsitud y que hasta nos subyugan con la entrevista piedad de una morada más luenga. Cuando ella se duerme cerca de aquel corazón bisabuelo, no tiene, ciertamente, ninguno de los rasgos que hubieran de buscarse en la Carlota más leve por su complaciente cariño que no es, sin embargo, el de las ataduras más irrompibles. Más bien en su rostro clarea cierta simpatía en algo parecida a la de la Margarita transfigurada, aunque el de Bettina estuviera exento de la palidez en la cual suele bañar el dolor a quienes dejaron que ardiera su pasión, inocente tal vez, en el crisol de las purificaciones, para elevarse después, en gracia del arrepentimiento, ya sin color, pero con el alma salvada.

Goethe ha perdido, por absorción intelectiva de sus valores más altos, su poderosa marcha hacia el corazón de las mujeres. Y ha querido perderla tan conscientemente como la esencia que buscara su máxima concentración y como la forma que, escultora de sí misma, quisiera elevarse y lucir en la línea pura, en el firme contorno. Su diálogo con Bettina es de apaciguado cariño. Se cruzan breves frases de las que parece ausente el recuerdo, pero que traen, como en tácito gusto, la razón de aquella marcha hacia su retiro de Weimar, de su admiración infantil, paso que arranca de inclinaciones devotas para él y que se creyeran ignoradas... Es el fervoroso culto a su recuerdo en casa de Bettina la mayor, es la misma madre de Goethe quien se la envía y es el ingenuo Wieland, dudoso, quien cede a su pedido de presentarla, otra vez, por medio de una esquela. Todos los detalles de la entrevista trémula ha de conocer, en epistolario de abierta confidencia, la comprensiva esposa del Consejero Goethe, la que, casi en vida núbil, ya supo acunar a Juan Wolfgang, a su hijo que se le parecía extraordinariamente en la gracia de la balada. Ese regreso de limpia trayectoria es ya un anticipo de la eternidad, si bien limitado y furtivo. Ya no lloraría como en el contagioso lirismo de Werther y más bien, el gesto ya muchas veces modificado y reprimido, casi cercano a la estabilidad de la vida petrificada, que es, al fin, la única que desafiará al nervosismo menesteroso y fugaz de los hombres que pasan, acentuábase en sus labios que se contrajeron en mueca de felicidad, cuando Napoleón, al verle y escucharle, le dijo, consagrándole: "Sois todo un hombre".

Al atraer a Bettina sobre su corazón, al sentirla inocentemente dormida, al adivinar, en su verdad de los epílogos, el sentido de ese nuevo sueño angélico, la grata pesadez de aquella cabecita gobierna, quizá, con más fuerte reclamo, al latido que buscaría evadirse. Así le seguiremos después como ya no se manifiesta ardoroso en su correspondencia con la Condesa Stolberg. Es ella quien le busca con exageradas solicitudes. Pero ha llegado para su Margarita el día de la plegaria definitiva. Después iránse de su lado, por la distancia o la muerte, tanto los seres de su concierto verdaderamente fausto, como los que quisieron acompañarle en la estancia más honda de sus cariños o sus pensamientos. Caerá hasta su hijo Augusto (octubre de 1830), como para que el viejo constructor de figuras tan conmovidas o tan serenas, no se prolongue en una sola de las ramas perecederas. Y entonces, en el cenit de sus ochenta años ha de entregarse a la formación de la que diríamos la primera escultura (1).

(1) «La obra maestra del hombre es durar, ha dicho el mismo Goethe que tenía como nadie la visión de las cosas duraderas».—*Leonardo Pena.*—REPERTORIO AMERICANO.

No ha muerto: se fué adelante...

= *Envío de la autora* =

A *Toña Masferrer*, fraternalmente.

De silencio es mi homenaje,
de llanto y melancolía
para el amigo que un día
calor dió a mi alma salvaje.

Me entra un remordimiento
como una sombra de duelo,
porque mi ingenua torpeza
no supo dar un consuelo

a su alma siempre en tormento
ni a su inquieto pensamiento.

El me hizo comprender
en su tono paternal,
por qué no puede ser
este planeta natal
mansión de felicidad.

Si de una estrella has venido,
hijita, así me decía,
es natural que no encuentres
en esta tierra tu nido.

Si todo nos es extraño,
y no nos acomodamos,
nuestro ser tan huraño
no cambiará con los años
sino hasta que muramos.

Entonces retornaremos
a nuestro primer hogar,
¡y qué dichosos seremos
en nuestra patria estelar!

Mucha más clara que otras
acude hoy a mi mente
la evocación vehemente
de aquel ramo de rosas.

Las tomó con mano débil
y al aspirar su fragancia,
una rosa, por la estancia,
sus pétalos deshojé.

Y recogiendo uno a uno
los pétalos, *se los comió*.
«Cómo iban a perderse,
si tu mano los tocó»...

En esta desolación
en que su ausencia me deja,
una esperanza me queda
de cierta realización:

Que a la Muerte, mi amiga,
he aconsejado que diga,
al darme su pasaporte,
que voy en busca, a una estrella,
de mi hermano, que impaciente,
partió primero que yo.

Gris

New York, setiembre de 1932.

El mal del tiempo

= *Envío del autor* =

Ya te has hecho vieja, pasión de mis veinte años,
mi mundo eran tus ojos, tus dos ojos castaños.
¡Qué daño el de los años, pasión de mis veinte años!

Sin ti, sólo el vacío, sin ti, sólo ansiedad
de todas mis pasiones la Santa Trinidad,
¡Qué tarde llega siempre la cruel Eternidad!

Sin ti cuanto he sentido la miseria del mundo;
sin tus ojos, sin tu boca, sin aquel que era tu modo
a tu lado, todo cielo, nada lodo...

Ahora, ya vieja, pasión de mis veinte años,
¿Quién se ve ahora en tus ojos? ¿en tus dos ojos castaños?
¡Qué daño el de los años, pasión de mis veinte años!

Max Jiménez

París, Octubre, 1932.

Su presencia infunde admiración y asombro. Su cabeza se levanta como en la busca de nuevos horizontes. Su perfil se ha endurecido. Comienza a ser la figura en tránsito seguro, el símbolo de la que ha de forjarse en las fundiciones seculares. La confesión de quienes le vieron en los últimos tiempos es igual de temblor y respeto. La sobria medida se acentúa en la distribución de su tiempo. El pan le vigoriza y el vino le tonifica y en el rectángulo de su estancia libre y desprovista, lee las páginas de su **Fausto.** En los últimos meses de 1831 ha escrito los capítulos finales y en el paso marzal del 32, para entregarse a un sueño que pidiera más luz, no ha buscado, con la vista angustiosa de los moribundos, la ruta desconocida para la riba eterna. He aquí, a la distancia matizada de rectificaciones y de avances, su pobre Jerusalén destrozado y abatido, la ceniza de su alquimia, sus Carlotas desfallecientes y lejanas, su diablo tentador, su rumbosa vida cortesana, la conversión del sabio que encalvece y almacena ideas y teorías por la dei rejuvenecido para seducir y gozar, el primigenio dramatismo de sus baladas... Pero ha dicho a los libros confidentes, y con eternal palabra, la persecución de la verdad, el anhelo de penetrar en los secretos de la vida. Y la una se le ha revelado y los otros se han abierto, dóciles, ante los golpes de su pedido, ante los encuentros de su afortunado azar, ante los violentos y dominadores revuelos de su talante de conquistador y de poeta. No ha vivido en reposo y no ha de ofrecernos, por lo mismo, el ascético contorno que puede elevarse como dechado, voto de salud defendida y aspiración que gusta de pasar con los ojos vendados y el corazón claveteado por los puñales del dolor y del amor que se adivina y se teme. Se ha entregado a su diablo y ha vencido a su Margarita. Pero de tal fuego de alquimia ha de brotar un oro de maduro pensamiento y cuando se le aquiete, por la cesación de la primera vida, el temblor de la primera confidencia, buscará para el segundo libro otra suerte de revelaciones y hasta querrá pedir, para la martirizada, un reposo en donde ha de visitarla el sabio con cierta virtud dantesca.

Reposo.—La morena Cristina Vulpius, huérfana y fiel, formó para Juan Wolfgang Goethe, el definitivo reposo hogareño. Hubo de hallarla cuando ya, de acuerdo con el destino fáustico, "descendió el reposo" sobre su alma. El poeta, para dar máxima vibración a su ánimo, había contemplado desde la frontera el bélico relámpago de la revolución francesa. Grandeza de figuras violentamente esculpidas en llama, laberíntico desfile de imágenes, entre las cuales el doctor Fausto, olvidado del jardín de Margarita, comprendía en ritmo bravo la nueva alquimia de la balística (1).

Pero al final de sus días el dispersado desearía contenerse. Todos los valores del Proteo se volverían a la figura que fuera resumen y esencia de las antiguas fuerzas poligonales, en continuo crearse y rehacerse. Pondríase de grave actualismo la discusión del astrólogo y el arquitecto, mantenida en una de las escenas de su poema innumerable. Y, al final, la ascendente oración se afirmaría como un símbolo: "El cenit ojival eleva el espíritu".

Así la descompuesta progresión de la Muerte ha de reinar, con avance certero, en el cuerpo quieto y como modelado del Goethe que no se desespera. Luz. Y, acaso, como en un grabado de Durero, el Diablo fijo y sin su parábola de fuego; Fausto sapiente de sencillez y valor; la Samaritana dueña del agua eternal; transfigurada la Egipciaca y el poeta, vuelto a la pureza del comienzo, descubriendo el cielo de la balada en los maravillados ojos de Isabel Textor...

Augusto Arias

Marzo de 1932.

(1) «Parece como si se estuviera en un sitio muy caluroso y se siente uno enteramente penetrado por este calor y como en perfecta armonía con el elemento que le rodea. La mirada nada pierde de su fuerza ni de su claridad; pero el mundo toma, por decirlo así, un tinte rojizo y parece absorbido en esta hoguera. He aquí en qué sentido se ha podido hablar de *la fiebre del cañón*».—Goethe; *Memorias*.

El retorno de una garza

= Envío del autor =

(A *Chindo Guardia* y *Maximiliano Soto*)

En el fondo del bosque se levanta la casita del estanciero Crisóstomo. Allí cerca corren las aguas tranquilas de la Quebrada Grande formando un poético remanso bajo la frescura de sombríos nísperos, ispabeles y quita-calzones. Al otro lado se extiende la planura y desde la casita se ven verdear los potreros de pará, guinea y jaragua. En uno de estos se extiende "La Laguna" a donde acuden diariamente millares de seres volátiles que se mueven constantemente de una ribera a otra. Garzas morenas, garzas blancas, nítidas, como la nieve, garzas rosadas de un matiz encantador que simboliza las ilusiones de las niñas que comienzan a sentir las primeras emociones de amor. Allí los piches tornasoles en bandadas vuelan sobre la laguna, o acuatizan y nadan elegantemente, ligeros, rápidos como los hidro-aviones de la flotilla yanqui sobre las mansas aguas de la Bahía de Culebra.

Entre los zarzales que bordean la laguna hacen sus nidos las garzas. Un día Crisantino, el hijo de don Crisóstomo, aprisionó entre sus manos un pichón de garza, blanco como el armiño, que lanzaba al espacio lastimeros quejidos con sus "cué, cué, cué", como implorando el auxilio de la madre. Fué un lindo regalo para Celia y Julietilla la hija menor de la estancia que se complacía en traer de la quebrada, sardinitas para vigorizar el endeble cuerpecito de la mimada garza, que atendía admirablemente al llamado de "Blanca... Blanca... Blanca" y que corría jugueteando entre las gallinas, los carracos y los patos, a los cuales contemplaba largos ratos nadando entre la poza de la cercana quebrada. Muchas veces se le veía pasar largas horas sobre las piedras, sobre los troncos, sobre las ramas. Algunas veces entraba en el jardín donde parecía flor de nieve. Su blancura no era menos que la de las camelias, que la de los jazmines, las azucenas y los heliotropos.

Muy cerca, junto a los corrales estaba el zaguán de los peones. Era el tiempo de la quesera; sesenta vacas balaban desde los corrales y sesenta voces respondían de dentro del chiquero, donde los ternerillos se desgañitaban ansiosos de coger entre sus rosaditas bocas las tetas de la jugosa ubre de la madre zalamera y devota de brindar la blanca sangre que le da vida a la futura vaca y el toro formidable del mañana. Cada día el vaquero vacía los baldes de leche en la canoa, la cuaja luego para sacar el queso; pero antes de sacar la cuajada, el vaquero grita: "Blanca... Blanca... Blanca..." y la garza de un vuelo aterrizaba junto al chiquero y con avidez tragaba y tragaba pedazos de cuajada simple porque aborrecía la sal. Pronto la garza se acostumbró a buscar este alimento como si a sus ojos se le presentara la carátula de un reloj. Mas un día vió cruzar por el espacio azul otras garzas que tal vez volaban hacia las riberas del Tempisque, sintió sin duda las ansias de volar más lejos... reminiscencias de la especie a que pertenecía, o los primeros impulsos hacia el misterio del amor... y ensayó a volar.— Las alas que le habían sido recortadas cuidadosamente por Celia le habían crecido lo bastante para resistir el largo vuelo, y se fué... En la casa hubo tristeza y se reprochaban el descuido de no haber recortado nuevamente, oportunamente, las alas de la ingrata "Blanca" que dejó el patio de la casa donde los otros animales también parecían tristes y que dejó el jardín, con pena de los jazmines, de las camelias, de las azucenas y los heliotropos y abandonó el remanso donde los helechos y las flores silvestres echaban de menos la flor de nieve que adornaba aquellos parajes.

Y pasó el tiempo y la garza no volvía y la gente de la casa inquiría por todas partes su paradero. ¿No han visto una garza doméstica, blanca como la espuma de la leche, como la espuma del mar, con una cinta celeste al rededor de su níveo cuello...? Y esa frase se repetía muchas veces y se enviaban correos a las vecinas fincas y a los vecinos barrios. Pasaron seis meses y ninguna noticia del paradero de "Blanca"; un día se dijo que un cazador le había disparado un tiro a una garza que se había quedado sobre la copa de un viejo roble, mientras las otras garzas levantaron el vuelo despavoridas al ver un ser humano que se les acercaba. — Celia y Julietilla lloraron la muerte de su garza y en su dolor la imaginaban, blanca, como era, teñida en roja sangre... ¡Castigo cruel a su ingrato abandono a quienes la cuidaban, la nutrían, la acariciaban sin cesar! En vano indagaban si la muerta garza llevaba como collar la celeste cinta... siempre quedó la duda.

Iba a cumplirse ya un año de aquel viaje sin retorno; se había perdido toda esperanza; era demasiado tiempo para que aquella pequeña cabeza pudiera recordar la estancia "San Antonio", o era muerta la garcita blanca o se había vuelto a su estado primitivo: ya no era sin duda la garza doméstica, era quizá la garza silvestre de nuestras lagunas, de nuestros esteros, o de las riberas de nuestros ríos.—¡Oh los playones del Tempisque! ¡Oh las verdes bajuras del Viejo, del Pelón, Catalina y Pablo Verde! ¡Oh las aguas tranquilas de la laguna del Palenque ..! Playones cuajados de garzas blancas, morenas y rosadas...

Justamente había transcurrido el año y cinco días. Antonio, el niño menor de la finca corría alborozado de la quebrada a la casa. La emoción lo dominaba; parecía que iba a caer muerto como el espartano de la carrera de Maratón; apenas podía decir: "Mamá, la garza". Todos quisieron correr hacia allá; empero Crisóstomo les gritó: "Ninguno se acerque a verle porque después de tanto tiempo la garza levantará el vuelo y se irá como la otra vez: esperen un momento", y corrió hacia el chiquero donde sacaban el queso y la cuajada simple que el vaquero daba a la garcita y fuertemente comenzó a llamar: "Blanca.... Blanca.... Blanca..." No se hizo llamar mucho la extraviada garza; de un vuelo aterrizó junto a la canoa. Apenas había trabado algunos pedazos de cuajada cuando en la pata apretó el lazo tendido hábilmente para cogerla. A sus gritos llegaron los de la casa jubilosos de ver de nuevo a la querida "Blanca", a la que Celia con sus filosas tijeras cortó las alas para que ya nunca más levantara el vuelo y cruzara el espacio azul de nuestro bello cielo guanacasteco, y aquel día hubo inusitada alegría en la casita del estanciero Crisóstomo por el retorno de la amada garza. Fué un día de fiesta... Las azucenas, los heliotropos y las resedas parecieron más perfumadas que nunca; y las gallinas, los carracos y los patitos más bulliciosos como antes no lo habían estado, y las vacas y los terneritos balaban con mayor fuerza que anteriormente y el viento musicalizaba en la copa de los ispabeles y los quitacalzones. ¡Hosanna!

A. Alvarez Hurtado

San José, octubre del 32.

Blanca era la felicidad

= Envío del autor. =

(Después de oír *El retorno de una garza*)

Blanca llamábamos la garza que llegó a nuestra casa para acompañarnos, porque no sólo era ese su color sino porque su llegada tenía el valor de un símbolo. Todo el cariño, toda la blancura que había en nuestras almas brotó espontáneamente al saludar su arribo y llenarla de mimos, para que su vida fuera mejor, su blancura se conservara cada vez más resplandeciente y halagara nuestros corazones. Mientras ella estuvo con nosotros, sentíamos a nuestro alrededor la delicadeza de su batir de alas y sus ojillos de mirada ingenua nos hacían olvidar otras miradas de rencor y amenazantes con que topamos a diario en la vida. Al contemplar su porte elegante y distinguido, su serenidad contagiaba nuestro ambiente y sentíamos todos brotar estrellas en nuestros espíritus y palabras de afecto en nuestros corazones.

La vida feliz estaba representada en aquella avecilla frágil y bella. Por eso sin comprender casi su significado queríamos que siempre estuviera entre nosotros. Mas un día se unió a una bandada de garzas que le dijo que como ellas también tenía alas para volar lejos, muy lejos, en donde el mundo era superior al cariño que le teníamos.

No comprendió Blanca que nosotros teníamos alas también y que ellas eran el amor que nos había infundido.

Su ausencia se prolongó casi por un año. La tristeza hizo cerrar nuestras alas y el patio en que Blanca paseaba su elegancia, no tenía ya para nosotros atractivo. Habían huído las mañanitas alegres, la frescura de la brisa, los perfumes de las flores, las palabras bondadosas y de afecto.

Sentíamos que nos habían cortado las alas.

Una tarde, cuando el cielo por incandescente nos atrajo a contemplarlo, oímos que un niño gritaba, como un heraldo de felicidad escogido por el Destino: ¡Blanca, Blanca viene! y en efecto, sintiendo en nuestro pecho el ansia de recuperar lo querido, la vimos entre los fuegos resplandecientes de aquel crepúsculo inolvidable, aterrizar de nuevo en nuestro patio. Un solo deseo egoísta nos movió a todos. Cortarle ahora las alas para que no nos abandonara más.

Luis Castro Saborío

San José, octubre del 32.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.)
Giro bancario sobre Nueva York.

Giorgio de Chirico

= *Prefacio* al Catálogo de Cuadros de *Giorgio de Chirico*, expuestos en las Galerías de Arthur Tooth & Sons, Londres, del 10 de octubre al 3 de noviembre de 1928 =

A Giorgio de Chirico,—nacido en el 1888, en Volo, Grecia, hijo de padres italianos,—se le puede considerar eminentemente europeo, pues en el curso de su vida y de su arte ha abarcado la mayor parte del continente. Permaneció en Grecia hasta haber cumplido los dieciséis años, época en que ya tenía dos años de estudio en la Academia de Bellas Artes de Atenas, de donde salió para Florencia. Después de corta permanencia en Italia pasó un año de estudio en la Academia de Munich, volviendo de nuevo a la patria de sus padres a estudiar intensamente las galerías de Milán y de Roma. En el 1911 hizo su aparición en París.

Aquí exhibió en el Salón de Otoño y en el de los Independientes, ganándose el aprecio y la amistad de líderes del movimiento modernista de la talla de Picasso y Apollinaire. Sus cuadros habían comenzado a llamar poderosamente la atención de los críticos y de los amantes del arte cuando sobrevino la guerra. Chirico volvió a Italia. Por esos años fué la primera exhibición de sus obras en Londres. Sirvió en ejércitos italianos hasta el 1918, cerrando así su primer período artístico. Terminado el conflicto mundial se dedicó en Roma y en la Italia del Norte a pintar en estilo deliberadamente clásico y a copiar obras de los maestros del Renacimiento.

En el 1924 M. Leonce Rosenberg lo buscó en Roma, y encantado con la nueva obra de Chirico lo invitó a volver a París, donde, en mayo del 1925, en las Galerías Rosenberg, fué de gran éxito su exposición. Desde entonces reside en París trabajando continuamente y manteniendo una ya sólida reputación mundial. Exhibió, en el 1928, en las galerías de l'Effort Moderne, siendo objeto de los mayores elogios. Sus telas las han adquirido, aparte de particulares, los museos de Roma, Essen, Filadelfia, Chicago, Búfalo y Moscú.



"Chevaux se cabrant." 1928.
Oleo de *Giorgio de Chirico.*

También se ha distinguido como decorador escénico, siendo sus obras más notables en este campo las decoraciones para el ballet **La Giarra,** de Pirandello, que, con música de Casella, fué representado por la compañía del Ballet Sueco en el Théatre des Champs Elysées en el 1925; y las decoraciones para el ballet **Morte di Niobe** que, sobre el libreto de Savinio, se representó en el Teatro Odescalchi, en Roma, en el 1926.

Además de sus muchos admiradores en Italia y Alemania, Chirico tiene en París séquito admirable: Se le considera jefe de **les jeunes,** y uno de los más distinguidos líderes del movimiento **surréaliste** que cuenta en sus filas con nombres tan prestigiados como los de los pintores Ernst y Tanguay y los de los escritores Breton, Aragón, Ribemont-Dessaignes y Vitrac.

De su habilidad técnica no es necesario hablar: La manera de pintar suya es la de los clásicos, por modernas que sean las ideas que expresa. Y esas ideas, que son las del grupo artístico más combativo y de significación que existe actualmente en Europa, no puede sino despertar la más viva curiosidad en este país, y, ojalá, debida admiración. Se trata de dar expresión pictórica más directa que por medio de los métodos del **Simbolismo** y de la metáfora explícita; y se logra ese propósito estableciéndose, mediante un **imaginismo substituido,** una comunicación emotiva más rápida entre el artista y el espectador. La maestría del arte de M. de Chirico establece a favor del **Surréalisme** una fuerte llamada a la atención de quienes entienden de arte.

T. W. Earp

Londres, 1928.

La última exposición

= *Envío de la autora.* San José de Costa Rica =

En las exposiciones de pintura que se celebran aquí cada año es muy frecuente ver campesinos pintados y esto me ha hecho creer que si dentro de los procedimientos técnicos de la pintura los hay que son falsos, también esa persistencia en tomar cogedoras y paleros como tema es hacer «concherías» con los pinceles. Y nos dolemos al ver cómo en una época en que por un sentido de conciencia social los que dibujan deforman cuanto en apariencia es perfecto. Los muchachos que pintan aquí se complacen en medir con el canon de los cuatrocentistas estos cuerpos contrahechos y ruinosos de nuestros campesinos. Ya Diego Rivera o Mela Muter los han tratado como seres en cuyas vidas llegan hasta nosotros las peores realidades de lo medioeval; pero aquí—por un lamentable equívoco que es síntoma de falta de conciencia y hasta de talento—el campesino parece moverse dentro de esas épocas de holgura y bonanza que son tan frecuentes en el Viejo Testamento, y tal vez por lo mismo se le explota también como una curiosidad. Es un personaje que tiene en el mundo nuestro cierta posición absurda como la tienen un enano o un payaso y sobre esa pequeña tragedia de todos los días se hace énfasis para halagar el gusto de los crueles. Hace poco se dijo que el «Angelus» de Millet había sido destrozado por un loco: quienquiera que él sea debe padecer una locura muy interesante. También Millet se complacía en tomar a los labriegos de su país como tema y los buscaba cuando asumían poses de resignación. Hoy ya estaría más en orden buscar en el campesino no al modelo sino al artista, dejarle por un rato los colores y el pincel y pedirle una interpretación de ese que impropiamente ha querido explotar sus rasgos deformes, seguros de que nos la daría grotesca, pero justa y de gran actualidad. Recuérdese que Goya—hombre rudo—supo hacer sátira volteriana con el pincel y que las castas artísticas y bohemias de nuestro siglo ya pesan sobre él, según lo afirma Erenburg, como el clero en los siglos anteriores. Son entorpecedoras y engañosas. Tienen secretos técnicos de color y composición que han logrado por hábito más que con impulso y que constituyen una habilidad peligrosa bajo la cual sólo hay impotencia, mentiras y fealdad. Por eso en lugar de perder el tiempo pintando campesinos en la forma en que aquí se hace, sería mejor pedirles que nos contaran—porque ellos la relatan muy bien—esa bella leyenda de la «tzegua», una mujer hermosa que cautiva a los caminantes, pero que ríe con unos horribles dientes de caballo cuando los incautos se acercan a pedir sus favores... y ponernos a meditar luego en lo mucho que significa.

Emilia Prieto

Imprenta LA TRIBUNA